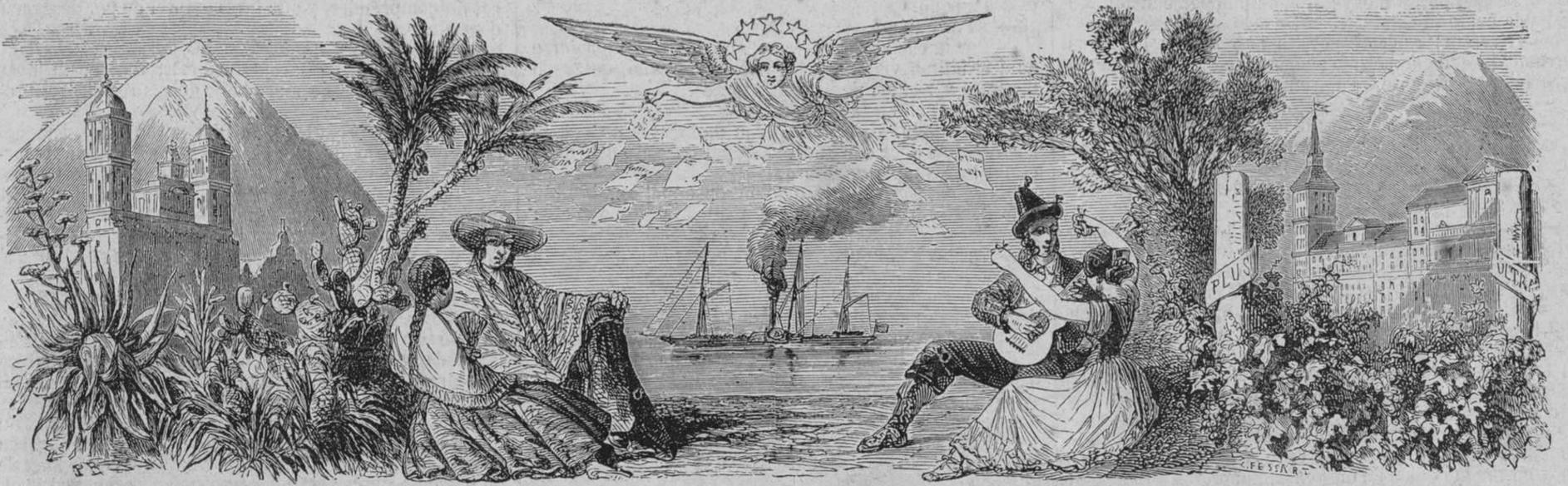


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 598.

SUMARIO.

Palacio de Mustafá donde ha fallecido el mariscal Pelissier; grabado. — La herencia de un soldado. — No hay niños. — Amor de madre. — Expedición al interior de Méjico; grabados. — Nuevo vapor botado al agua en San Nazario; grabado. — Revista de Paris. — Cantos de pá-

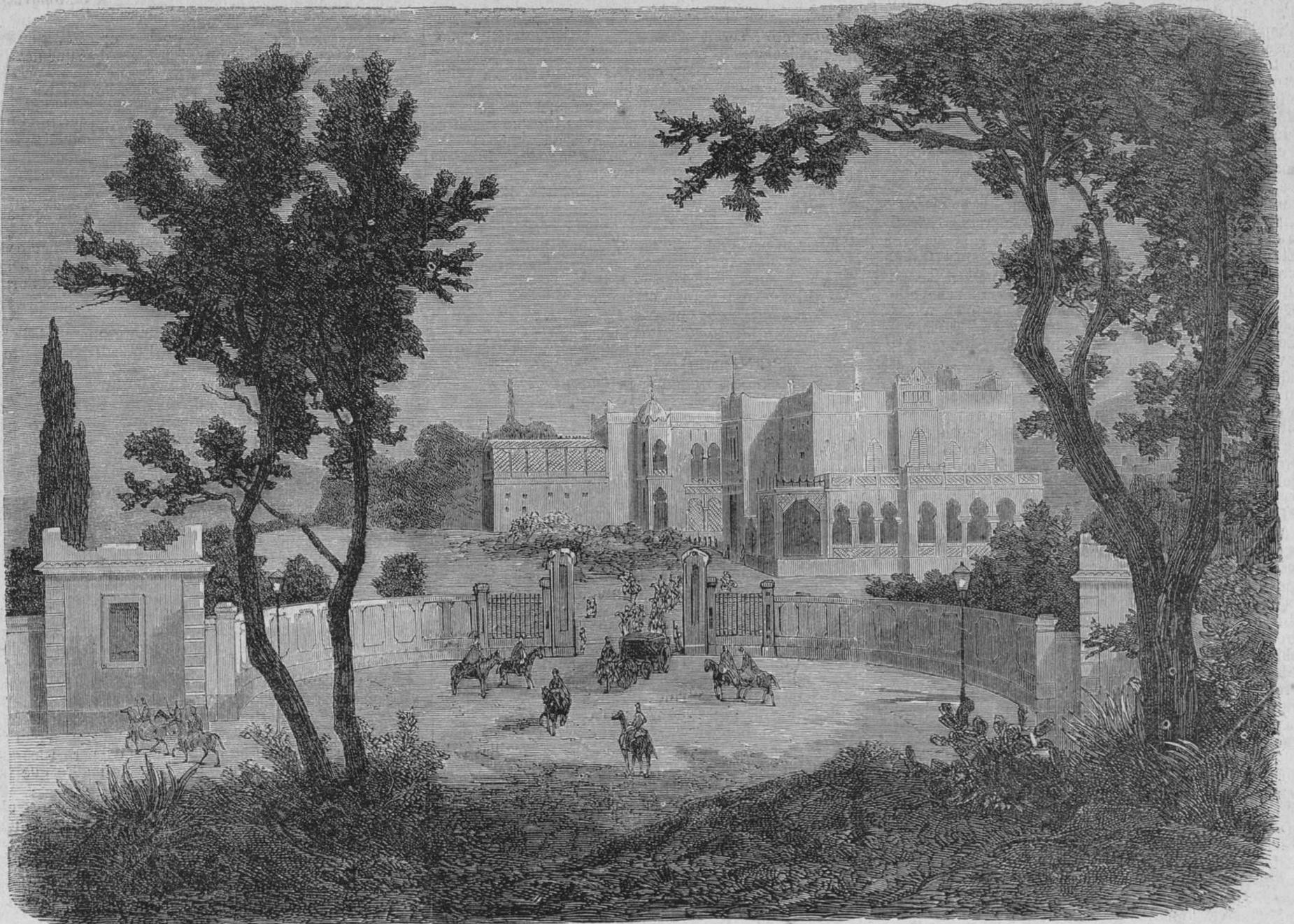
jaro. — La semana de las procesiones; grabado. — Ocupacion de las islas Chinchas; grabado. — El homicida. — Lejos de la patria. — El vino de Champaña; grabados. — Las colonias francesas; grabados. — Aureliano. — Problemas de ajedrez; grabado. — La regencia de Túnez; grabado. — El Washington, vapor de la Compañía trasatlántica; grabado.

La herencia de un soldado.

(EPISODIO DE VIAJE.)

Recuerdo todavía que hacía mucho calor en la tarde del 7 de mayo de 1848.

A pesar de esto había habido tiros por la mañana,



Palacio de Mustafá donde ha fallecido S. E. el mariscal Pelissier. — Salida del cadáver en la noche del 23 de mayo.

y no era cosa segura que dejara de haberlos al día siguiente.

Yo estaba muy tranquilo en mi cuarto, cuando me anunciaron una visita.

La puerta se abrió, y momentos después estrechaba en mis brazos a mi amigo N., ausente hacia algún tiempo de Madrid. Grande fue mi alegría por volverle a ver; no ignoraba los motivos que le habían hecho alejarse de nuestro lado, y adivinaba al verle, que tal vez habrían cesado para él los rigores de una persecución tan ridícula como injusta.

— ¡Narciso! exclamé por fin pasados los primeros arranques del entusiasmo; cuéntame algo de tu peregrinación; pero ante todo, ¿cuándo has venido?

— Ayer.

— Es decir, que hace dos días que estás en la corte. Dos días sin habérmelo avisado, sin haber tenido tiempo de verme hasta ahora.

— Tienes razón, pero piensa en los momentos en que he llegado, y me disculparas.

— Es cierto: loco de mí que me he olvidado de esas escenas de sangre, en las cuales nos ha tocado ser testigos. Pero dime, ¿y no traes nada de nuevo que contarme? ¿es posible que no te haya ocurrido en el camino alguna aventura, ni sido héroe ó víctima de los mil lances a que tanto se prestan las posadas de Castilla? ¿No has tenido ni aun la dicha de ir en la galera al lado de alguna linda jóven de quien pudieras enamorarte como acontécete suele con tanta frecuencia? ¿Ni siquiera has volcado?

— No; no me ha pasado nada de eso; solo una ocurrencia me ha entristecido, y cuya memoria no se borrará en muchos días de mi pensamiento.

— ¿Tan trágica es?

— No es trágica; es una de esas escenas, cuya melancolía no todos saben comprender, porque no todos han sufrido tanto como yo: se trata nada más que de la muerte de un hombre.

— ¡Un hombre!

— Sí, un anciano, cuya vida está llena de tristes episodios, y cuya muerte ha sido el episodio más triste de su vida.

— Chico, vas despertando mi curiosidad hasta un extremo casi peligroso; yo te pido que inmediatamente me reveles ese suceso que de tal manera ha impresionado tu imaginación.

— Lo deseas, y voy a complacerte.

Y así diciendo, encendió mi amigo un cigarro, tosió, y dió principio á su historia en estos términos:

— Pocas leguas antes de llegar á Zamora hay un pueblo, cuyo nombre no recuerdo, pero que tampoco hace gran falta para mi narración. En él debíamos pasar la noche, apeándonos en una venta situada en el extremo del arrabal, y al lado izquierdo de la carretera.

Viajaban conmigo en ese colosal vehículo llamado mensajería, que entre paréntesis, creo que va á ser muy pronto reemplazado con una diligencia, unas cuantas personas, entre ellas dos señoras, madre é hija, las que me interesaron desde luego, la una por su carácter bondadoso, y la otra por su peregrina hermosura. Inútil es decir, que desde el momento de nuestra partida yo me constituí en criado suyo; era el encargado de darlas la mano para bajar y subir al carruaje, de acomodarlas en las posadas y de servirles en las comidas, juzgándome muy satisfecho de mis servicios al obtener en recompensa de ellos una palabra de la madre y una sonrisa de la hija.

El mismo día en que salimos de Avila y al ir á concluir la jornada, pues nos hallábamos cerca del pueblo de que he hecho mención, nos ocurrió un accidente muy común en los caminos de España, y más aun estando como estábamos, en lo más crudo del invierno.

Empezaba á anochecer, y caía una lluvia abundante: los viajeros se hallaban casi todos sumergidos en un sueño profundo; mi anciana protegida también dormía, y su hermosa hija inclinaba ya la cabeza sobre mi hombro disponiéndose á hacer lo mismo. Solo yo estaba despierto mirando alternativamente ya al nebuloso cielo, ya á mi bella compañera de viaje, cuyo aliento sentía sobre mi rostro. Del sueño y la contemplación nos distrajerón los desahorados gritos del mayoral, y los sonoros chasquidos de su latigo. Asomé entonces la cabeza por la proa del carruaje, y hé aquí lo que vi:

La lluvia, al despeñarse por las sinuosidades y barrancos del camino, había formado en el sitio más bajo de este, un lago que hacía bastante difícil el paso. Dudamos todos si convendría seguir ó hacer alto en aquel paraje; pero el temor natural que inspiraba un lugar tan desierto y el frío que se hacía sentir de una manera horrorosa, unido á la proximidad á que estábamos del pueblo de parada, todo nos hizo abandonar la idea de quedarnos allí hasta la mañana siguiente.

Propúsose pues continuar la marcha, y este pensamiento fué aceptado por unanimidad. Mas era preciso para esto atravesar á pié aquella laguna, pues el mayoral no respondía de nuestra seguridad si no accedíamos á salir de la galera. En efecto, todos nos bajamos, y sin temor al agua que caía sobre nuestras cabezas, y al barro en que se sepultaban nuestros pies, fuimos salvando uno á uno aquel escollo donde habíamos estado á punto de naufragar. Así conseguimos volvernos á apoderar otra vez del carruaje y proseguir la ruta comenzada.

Al llegar aquí, pasóse mi amigo una mano por la frente como evocando sus recuerdos. Toqué aquella mano, y estaba helada como el mármol; no sé por qué me estremeceí, y tal vez le hubiera hecho notar esta sensación, si no me hubiera impuesto silencio continuando de este modo la relación de su aventura:

— Serían las nueve de la noche cuando llegamos á la posada, temblando de humedad y de frío, y anhelando tan solo una buena lumbre donde calentarnos, y una cama donde poder descansar de las fatigas del día.

Mi primer cuidado fué buscar una habitación decente para mis amigas, pero no pareciéndome á propósito lo que un mozo me señaló, me dirigí al posadero y le pregunté si no tenía un cuarto algo más cómodo que aquel.

— Uno hay, me respondió; pero hace tres días que está ocupado.

— ¿Por quién?

— Por un soldado enfermo que tuvo que quedarse aquí el último viaje, y que si no me engaño, quizá no vuelva á ver el sol de estos contornos.

— ¿Tan malo está?

— Muy malo, sí, señor: tiene momentos en que le acomete un delirio espantoso, y para mí ese delirio es el que le lleva á la sepultura.

Sin saber porqué, la situación de aquel hombre me entristeció más de lo regular, y quedé profundamente pensativo.

— Pero... se me ocurre una idea, exclamó de repente el posadero; puesto que Vd. necesita esa habitación, haré que saquen de ella á ese pobre viejo y lo acomoden en cualquiera parte; así como así, si la posada no me produjera más que lo que él gasta...

Y se dirigió hacia las cuerdas con ánimo sin duda de llevar adelante su proyecto.

— Espere Vd., le dije.

— ¿No le parece?...

— No: sería un crimen imperdonable arrancar de su lecho á un moribundo; no, dejadle, ya no necesito habitación.

— Si Vd. se empeña...

— Sí; lo deseo, y además tengo ganas de ver á ese hombre.

— En cuanto á eso, nada más fácil; abra Vd. el cuarto número 2 de ese corredor, y allí lo encontrará tendido como un tronco.

Y el posadero volvió la espalda y se alejó tarareando una canción nada tierna, pero sobradamente apasionada.

Poco después dejé á las dos señoras instaladas en un aposento, y me dirigí hacia el del enfermo. Empujé la puerta, y el trémulo resplandor de un veloncillo de hoja de lata colgado del techo me dejó ver una escena desconsoladora.

En uno de los ángulos de la habitación y acostado sobre un jergón de paja, había un anciano pálido y desencajado; una mesa de pino y una silla completaban el ajuar de aquella triste estancia en cuyo fondo se descubría una gran alcoba, donde resonaba como en un eco la fatigosa respiración del infeliz soldado.

Acerquéme á él, y entonces observé que las palabras del posadero no eran vanas, y podían considerarse como una predicción.

En aquel rostro ajado y cadavérico no circulaba ya la sangre; en aquellas muñecas blancas y descarnadas no latían ya las arterias; solo sus ojos despedían un brillo extraño y siniestro, como el de una luz que oscila y cambia de color antes de apagarse.

Me senté junto al lecho de aquel hombre, y lo examiné en silencio. Al sentimiento de terror que su vista me causó al principio, había sucedido otro de piedad, y ya solo vi en él lo que realmente era; un mortal que se acercaba al término de su peregrinación.

El por su parte me contempló también un instante en silencio, y luego murmuró, animando su rostro con una sonrisa lúgubre:

— ¿Viene Vd. á verme, eh?

— Sí, señor, le respondí.

— ¿Será Vd. médico, probablemente?

— Nada de eso; aunque hace pocos años traté de serlo, cambié de opinión, y por consiguiente de carrera; he sido alumno del colegio de artillería.

— ¿Militar? bien, jóven; esa es una senda llena de peligros, pero gloriosa; quizá llegue Vd. á su término; quizá también al poner en ella la planta, la mano de un extraño ó de un amigo le arrebaté á su familia y á su patria; en cualquiera de esos casos será Vd. mucho más feliz que yo.

El anciano fatigado dejó caer la cabeza sobre el capote que le servía de almohada.

— He sufrido miserias sin cuento, prosiguió después de una leve pausa; he presenciado una tras otra la muerte de mis objetos más queridos, la ruina de mis hogares, la pérdida de mi juventud, de mis ilusiones; todavía llevo sin cicatrizar en mi pecho heridas abiertas entre el fragor de los combates, y sin embargo, hasta este momento no he desesperado; tenía una voz que se alzaba en mi conciencia para alentarme, pero conoço que se extingue; solo me quedan mis recuerdos, y detrás de ellos nada, el olvido; ni un acento que eleve por mí al Señor una plegaria; ni unos ojos que vengan á llorar sobre mi tumba.

Dos lágrimas se deslizaron por las flacas mejillas del soldado, y tuve que volver el rostro para que no viera correr las mias.

Al llegar á este punto de la narración daban las diez en el reloj de la Trinidad. Tres horas hacía que mi amigo Narciso hablaba, y tanto él como yo nos hallábamos profundamente conmovidos. Y no podía menos de ser así. Las almas acostumbradas al sufrimiento son semejantes á la sensitiva; un eco perdido, un sollozo de la brisa, una hoja arrastrada por el viento, despiertan en ciertas imaginaciones tristes memorias, delicias pasadas, presentimientos sombríos. Además, Narciso había

sido víctima de uno de esos dolores intensos que son la pesadilla de toda una existencia; había visto desaparecer de la tierra un ser que él revistiera de todos los encantos imaginables; ser que fué mucho tiempo su ángel bueno, y cuya ausencia lo arrojó del cielo para lanzarlo por un camino donde solo encontró llanto y amargura. Muchas veces, vagando solitarios á la caída de la tarde por las alamedas del Buen Retiro, he escuchado de sus labios la historia de su vida, que yo no acababa entonces de comprender, y que hoy comprendo por desgracia demasiado.

Al cabo de un rato de silencio, durante el cual mil ideas confusas se agitaron en nuestra mente, mi jóven compañero volvió á tomar el hilo de sus recuerdos, prosiguiendo:

— Creo inútil referirte todos los pormenores de aquella conversación, que no hizo más que prolongar el martirio del anciano. Tú no sabes aun lo que es una agonía, no calculas lo inmenso, lo terrible de esa lucha entre la vida y la muerte; la una exhalándose en lamentos y súplicas, la otra robando al corazón sus latidos, y trayendo á la imaginación mares de sombras; tú no sabes eso, y ¡ojalá consiguieras ignorarlo siempre!

— Pero ¿cual fué el resultado de aquella escena?

— Voy á decírtelo; era ya cerca de la media noche, cuando el anciano, agradecido sin duda á mis consuelos, y deseando por su parte recompensarlos, me hizo aproximarme más á su lecho, y con una voz tan débil que apenas pudo llegar á mi oído:

— Jóven, me dijo, quien quiera que Vd. sea, es un hombre generoso y bueno; nada puedo darle que sea una prenda digna de Vd. y de mí; pero voy á hacerle un presente que es el único tesoro que poseo, y el cual, sin Vd., me hubiera acompañado á la tumba.

Y diciendo esto, sacó del bolsillo de su mugriento capote un paquete de tela gruesa, por cuyos lados sobresalían algunos fragmentos de papel ya rojos por el tiempo.

— Hubo una edad, añadió, en que yo también fui generoso, porque era jóven como Vd.; el infortunio no me ha despojado de mis sentimientos; en prueba de ello entrego á Vd. esos papeles que guardan alguno de los episodios de mi vida, trazados á veces entre los ruidos del campamento, á veces en la calma de los hospitales; guárdelos como la pobre herencia de un veterano, y Dios quiera encuentre Vd. en ellos algún buen ejemplo que imitar.

Yo tomé con religioso cuidado el paquete, apreté la mano helada del anciano entre las mias abrasadoras, y me lancé fuera de la habitación porque necesitaba respirar... y gemir.

Paseando estaba por el patio con los brazos cruzados cuando se me plantó delante el posadero preguntando:

— ¿Aceraré yo?

— Lo ignoro, respondí; pero á propósito, ¿cuánto gasto ha hecho ese hombre en los tres días que lleva de permanencia aquí?

— Veinte reales, señor; si quiere Vd. examinar la cuenta...

— No es necesario: tome Vd. cuatro duros por si todavía se le ocurriese algo.

— Mucho sobrará, caballero.

— Guárdelo Vd. para ayuda del entierro.

Pocos instantes después me dirigí á la galera, con ánimo de descansar en ella un rato, en tanto llegaba la hora de proseguir la marcha.

El sueño me rindió, y cuando desperté, estábamos ya muy lejos del pueblo donde habíamos pasado la noche. Mis compañeros habían tenido por conveniente darme esta broma.

— ¿Y el soldado?

— También fué esa mi primera pregunta al abrir los ojos; la respuesta del mayoral fué que había muerto á la madrugada.

— ¿Y tus amigas del viaje?

— Ignoro lo que ha sido de ellas; yo las dejé en Zamora, y salí al día siguiente con dirección á Portugal.

Hasta aquí la historia que me refirió mi amigo; en cuanto á la herencia á que se refiere, pasó desgraciadamente á mí, y me ha servido de fundamento para un libro que acaso vea algún día la luz pública.

Hé aquí el motivo de esta trasmisión consignado en una carta enlutada que guardo entre mis papeles, y que está concebida en estos términos:

«Barcelona 7 de agosto de 1859.

Mi querido amigo: En nombre de mi desolada familia; en nombre también del cariño antiguo de Vd. á mi hermano Narciso, tomo la pluma para noticiarle su desgraciada muerte, ocurrida ayer á las seis de la tarde. Después del nuestro, el recuerdo de Vd. ha sido el más vivo en su imaginación; en prueba de ello, recibirá usted por conducto particular un paquete lacrado, memoria de cariño que tengo encargo de remitirle, según su expresa voluntad. Yo he llorado mucho; pero Dios me da fuerzas, y viviré para consolar á mi madre que ha sufrido más que yo.

Ruegue Vd. al cielo por el pobre Narciso, y no se olvide en sus oraciones de su alligada hermana, y de usted verdadera amiga — TERESA M.

Posdata. — Mi hermano ha muerto siendo teniente de artillería.»

En cuanto al paquete que recibí dos días más tarde, era el mismo que el viejo soldado había regalado á Narciso antes de morir, y el mismo que yo conservo cuidadosamente, no sin haber derramado lágrimas alguna

vez leyendo el precioso manuscrito que encierra; tesoro, como le llamaba muy bien el veterano, pero tesoro de poesía, de abnegación y de virtud.

MANUEL DEL PALACIO.

No hay niños.

He llegado á sospechar que el órden de los números aplicado á los años, ha experimentado una gran perturbación.

Es decir, que por lo que yo observo, se llega en estos tiempos á tener veinte años mucho antes que á tener diez y seis.

O de otra manera:

Apenas hay niños.

Parece que la inocencia no quiere detenerse mucho tiempo sobre la tierra y nos vuelve la espalda antes de que hayamos podido sustituirla con la razón.

Es curioso ver cómo empezamos á ser hombres antes de haber dejado de ser niños.

Hay flores tan fugitivas que mueren casi al mismo tiempo que nacen, como si la pena de haber nacido les causase la muerte.

Madrid es una especie de paraíso donde la inocencia se pierde muy pronto.

No hay nada más triste que esos hombres de diez años y esas mujeres de ocho que tan frecuentemente se encuentran en Madrid.

La civilización no ha querido sujetar sus pasos precipitados al acompasado movimiento de la naturaleza.

La civilización no podía permitir que la inocencia ejerciera el monopolio de la infancia, y fecundando la tierra con el prodigioso *quano* que ella misma elabora en sus entrañas, ha producido esa mezcla monstruosa de niño y de hombre que forma el conjunto de la generación que nos empuja.

Madrid es el pueblo más alegre del mundo: solo hay aquí una cosa triste: los niños.

Se les ve con esa pena con que miramos los frutos que se pudren antes de haberse sazonado.

Verdes aun y podridos ya.

¡Cuánta malicia en esos ojos de ocho años, en los que brilla todavía un relámpago de inocencia!

¡Qué palabras en esos labios sonrosados aun por la aurora de la vida!

¡Qué ideas en esas pequeñas cabezas, tan ligeras y tan graciosas que parecen hechas solo para llevar coronas de flores!

¡Cómo hablan esos hombres de diez años!

¡Cómo miran esas mujeres que apenas han cumplido ocho!

Me parecen pequeñas y graciosas vasijas de barro bruñido en las que la civilización va depositando gota á gota el veneno que destila.

Hé aquí cómo se empalman las dos generaciones que tenemos á la vista.

Los viejos pervierten á las niñas.

Las viejas á los niños.

La generación que se va, se detiene para recibir en sus brazos á la generación que se adelanta.

Así se incubaba lo viejo en lo nuevo.

Así el niño recibe el germen de la decrepitud.

Morir sin dejarles nada á nuestros herederos, sería una repugnante avaricia.

Justo es que al morir les dejemos toda nuestra fortuna, toda esta inmensa sabiduría en que nos revolvemos.

Es preciso que puedan decir que son nuestros herederos.

Les dejamos en nuestro testamento un Madrid modelo de civilización.

Los niños son una especie de espejos que reflejan todo lo que ven.

Y como los ojos de los niños son unos instrumentos nuevos, que no están gastados por el uso, todo lo ven.

En Madrid se vive como si no hubiera niños.

Nada se esconde á la mirada curiosa de estos seres, de estos puñados de tierra tan llenos de vida y tan dispuestos á fecundar el germen que en ellos se deposita.

Ni los libros que corrompen el corazón y las ideas.

Ni las estampas que semejan á un corrosivo borran el pudor que Dios ha puesto en el alma como el principio de todas las virtudes.

Ni el ejemplo, esa pendiente que cada vez más rápida nos lleva de la mano al fondo del abismo.

Madrid lleno de atractivos para despertar el incentivo de los vicios y las pasiones de los viejos, no le oculta nada á los niños.

Esta civilización que es la muerte de la poesía, de las artes, de los sentimientos, es también la viruela de la inocencia.

Niños os encontrareis en las casas de juego.

Niñas en las casas de prostitución.

Pequeños hombres y pequeñas mujeres que los vicios recorren porque la sociedad los tiene abandonados.

Hay una estadística que no se ha hecho.

Sería una vergüenza, un dolor y un asombro presentar en la desnudez de unos cuantos guarismos el número de niños que todos los años, que todos los días entran en las cárceles, en los lupanares y en los garitos.

Escuelas públicas donde se enseña la práctica del vicio, cuya teoría se enseña en otras cátedras públicas también.

Decide á una madre en cuyo seno duerme dulcemente el hijo de sus entrañas, que se han presentado varios

casos de viruelas, de erupción de cualquiera de esas otras enfermedades que son el verdugo de los niños.

Al momento la vereis rodear al hijo de su alma de todas las precauciones, de todos los cuidados que puedan impedir el contagio.

No lo apartará ni un momento de sus brazos, como si quisiera formar con ellos al rededor del niño un cordón sanitario.

No le dejará respirar más que su propio aliento, que ella pondrá con sus labios en la boca de su hijo después de haberlo purificado en su corazón con el perfume de su cariño.

Esta madre no descansa, no duerme, no vive.

El erup, las viruelas... ¡qué terribles enfermedades!

Veamos la otra cara de la medalla.

El niño tiene diez años.

La naturaleza lo ha hecho hermoso y los cuidados de su madre lo han hecho sano y robusto.

Decidle á su padre que en la misma calle donde él vive se han presentado dos casos de dos terribles enfermedades.

Una casa de juego y una casa de prostitución.

De diez padres á quienes se participe esta noticia, siete se encogen de hombros, dos desertan algunos minutos sobre la corrupción de las costumbres, y uno se acuerda que tiene un hijo de diez años.

Yo pregunto:

¿Será más terrible la muerte del cuerpo que la muerte del alma?

¿Porqué examinamos con tanto empeño la salud de la nodriza que ha de amamantar nuestros hijos, y apenas averiguamos quién es, qué piensa, qué sabe el hombre que ha de amamantar su entendimiento?

¡Pobres padres! Teneis para vuestros hijos escuelas, colegios, institutos, universidades. Los gobiernos están encargados de señalar los maestros, á quienes habeis de entregar el alma inocente de vuestros hijos.

Esos maestros, cuando no los nombra el favor, la amistad ó la intriga, los nombra la suficiencia: el que parece que sabe más historia, más química, más leyes ó más medicina, ese puede ser también elegido.

El maestro de vuestros hijos puede ser ó amigo del ministro, ó hermano de algún elector influyente, ó un orador temible, ó un periodista incansable, ó un sabio.

De esto estais seguros.

Pero ¿dónde encontrareis los títulos que os aseguren la rectitud de sus sentimientos, la pureza de sus costumbres, la piedad de su razón; en una palabra, su religión, su moral, su virtud?

La perversión que desciende de los labios de los maestros, las sombras y los errores que se enseñan en vez de la verdad y de la luz, es mil veces peor que la sangre viciada que el niño recibe del pecho de su nodriza.

Un niño enfermo inspira compasión, pero un niño corrompido inspira horror.

Pero yo pregunto otra vez:

¿Porqué tanto cuidado para que el niño no lleve á sus labios un alimento demasiado fuerte para la delicadeza de su estómago, y tanto abandono para dejarle llenar su entendimiento con los brebajes de tanto libro envenenado?

Lo reservamos de la humedad, del sol, del aire, del calor, del frío.

Cualquiera de estas cosas puede alterar su salud, debilitar su constitución, quebrar el frágil vidrio de su vida.

Pero un libro malo, un maestro corruptor, un amigo pervertido, son cosas que apenas nos llaman la atención.

Estoy seguro que ninguna madre llevará á su hija á la casa de un enfermo, cuya tos pueda despertar la sospecha de que está tísico.

Pero no dudeis que esa misma madre llevará á esa misma niña á todos los teatros, á todos los bailes y á todos los salones.

Esa misma madre, que le prohibirá aspirar un perfume demasiado fuerte para sus nervios, la habrá dejado ya que aspire, página á página, la atmósfera deletérea que se escapa de toda esa brillante literatura de nuestros tiempos.

Antes que una niña sepa qué palabras son las que mejor sientan en su boca de ángel, sabe perfectamente que color, qué adorno, qué cinta realza más la hermosura de su cara de mujer.

Da una verdadera tristeza ver en Madrid estos hombres de diez años que fuman, que juegan, que blasfeman.

Esas niñas, que apenas han cumplido nueve años, y ya han adquirido todos los secretos de la coquetería y de la vanidad.

La naturaleza se venga de esa violación de sus leyes. Por eso vemos usureros de veinte y cinco años.

Deeréptos que no han cumplido todavía treinta.

Libertinos que no han pasado de quince.

Almas heladas en medio de la primavera de la vida.

La juventud que viene detrás de nosotros, presenta una terrible precocidad.

Adquiere todos los vicios de la vejez, y no conserva ninguna de las virtudes de la juventud.

¡Qué razonables son todas sus locuras!

¡Con qué formalidad se corrompe!

¡Qué dignamente se envilece!

¡Qué bien se pierde!

No podemos negar que es hija de su madre.

Es posible que sea una generación ilustrada; pero es imposible que sea una generación buena.

JOSE SELGAS.

Amor de madre.

Duerme tranquila, hija mía,
Mientras la tormenta brama,
Mientras silba ronco el viento
Por las agrestes montañas.
En tanto la niebla eclipsa
La luz del sol limpia y clara,
Y los ojos que te velan
En llanto amargo se arrasan.
Y aun cuando su luz radiante
Muestre el cielo, hija del alma,
No abras tus ojos al mundo,
Que solo llanto te guarda.
Que si ora duermes tranquila
De tu madre bajo el ala,
Mañana triste y llorosa
Inquirirás su morada.
Cuando despierten tus ojos
A la luz que el sol derrama,
Fingirán eden el mundo
Para trono de tus gracias.
Huye su pompa, hija mía,
Su amor, sus vanas palabras,
Porque es humo su cariño,
Niebla que disipa el aura;
Y en tanto duerme tranquila
De tu madre bajo el ala,
Porque el amor de una madre,
Hija mía, nunca engaña.

Así mi madre otro tiempo
En sus brazos me estrechaba,
Y con voz triste y doliente
Murmuraba esas palabras.
Mas ¡ay! que prendió en mi pecho
Una ilusión, locas ansias,
Y cuando apartarla quise
Mi corazón se abrasaba.
Y vagaba por el mundo
Triste, errante y solitaria,
Sin hallar en mi amargura
Quién mis quejas escuchara.
Que muy lejos de la madre,
La madre de mis entrañas,
Comprendí en mi amargo duelo
Su palabra dulce y santa.
Y trémula y dolorida
Al arrojarme á sus plantas,
Miré dos brazos de madre
Que amorosos me estrechaban...
— Duerme tranquila, hija mía,
De tu madre bajo el ala,
Mientras silba ronco el viento,
Mientras la tormenta brama.
Y por tí á los cielos sube
Mi tristesísima plegaria,
Porque el amor de una madre,
Hija mía, nunca engaña.

CARLOS CALCAÑO.

Expedición al interior de Méjico.

(Véase el número 588.)

De San Luis Potosí escribe el autor de los dibujos publicados en este número, la siguiente correspondencia que extractamos, como continuación á las que hemos dado anteriormente:

Salí de Méjico para dirigirme á San Luis Potosí, y de aquí probablemente á Monterey, la capital de Vidaurri, y mi primera etapa fué Cautillan, pueblo insignificante. En seguida marchamos á Querétaro pasando por Tepeji, población muy fea, así como San Francisco y San Juan del Río.

Querétaro, de que he hablado ya en mi viaje precedente para Guadalajara con el general Bazaine, es de un aspecto muy pintoresco, con su hermoso acueducto visto de las alturas contiguas cuando se llega de San Juan del Río. Dista cincuenta leguas de San Luis Potosí, ya se tome el camino de la izquierda por San Miguel Allende y Dolores Hidalgo, ya se siga á la derecha por San Luis de la Paz. Esta última vía tomó la columna mandada por el teniente coronel de Briche, y de ella trataré en esta correspondencia.

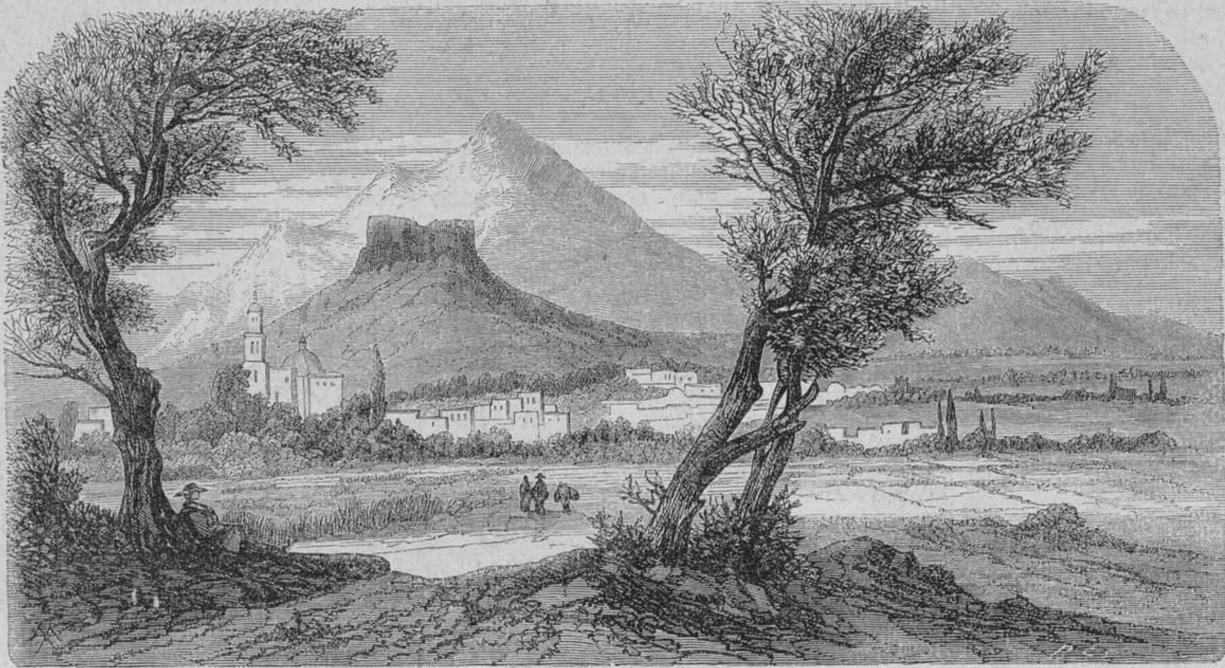
Al salir de Querétaro la campiña por espacio de dos leguas es risueña y fértil; pero después hay que atravesar montañas abruptas, donde parece se han sembrado las piedras á manos llenas. En este horrible país se encuentra una aldea miserable llamada Santa Rosa, y luego viene San Diego. Solo a partir de esta hacienda, el llano bastante encajonado hasta entonces entre montañas incultas se ensancha y ofrece un buen aspecto. Así es que muy pronto se encuentran las aldeas de la Venta y de San José, esta última muy populosa. San José tiene un buen caserío, calles espaciosas y derechas y una her-



EXPEDICION AL INTERIOR DE MEJICO. — San Luis de la Paz.

mosa plaza adornada con el edificio municipal, que es un monumento. Andando cuatro leguas se llega á una inmensa hacienda llamada Noria, que produce mucho trigo, cebada y maiz. A dos leguas de Noria el camino atraviesa por entre montañas cubiertas de cactus, y se llega á San Luis de la Paz, situada en el centro de unos montes, donde hubo en otro tiempo muchas minas de plata. Esta ciudad ha decaído mucho; ya se acabó la época en que sus minas hoy abandonadas producían tanta plata; sin embargo, su aspecto es hermoso todavía.

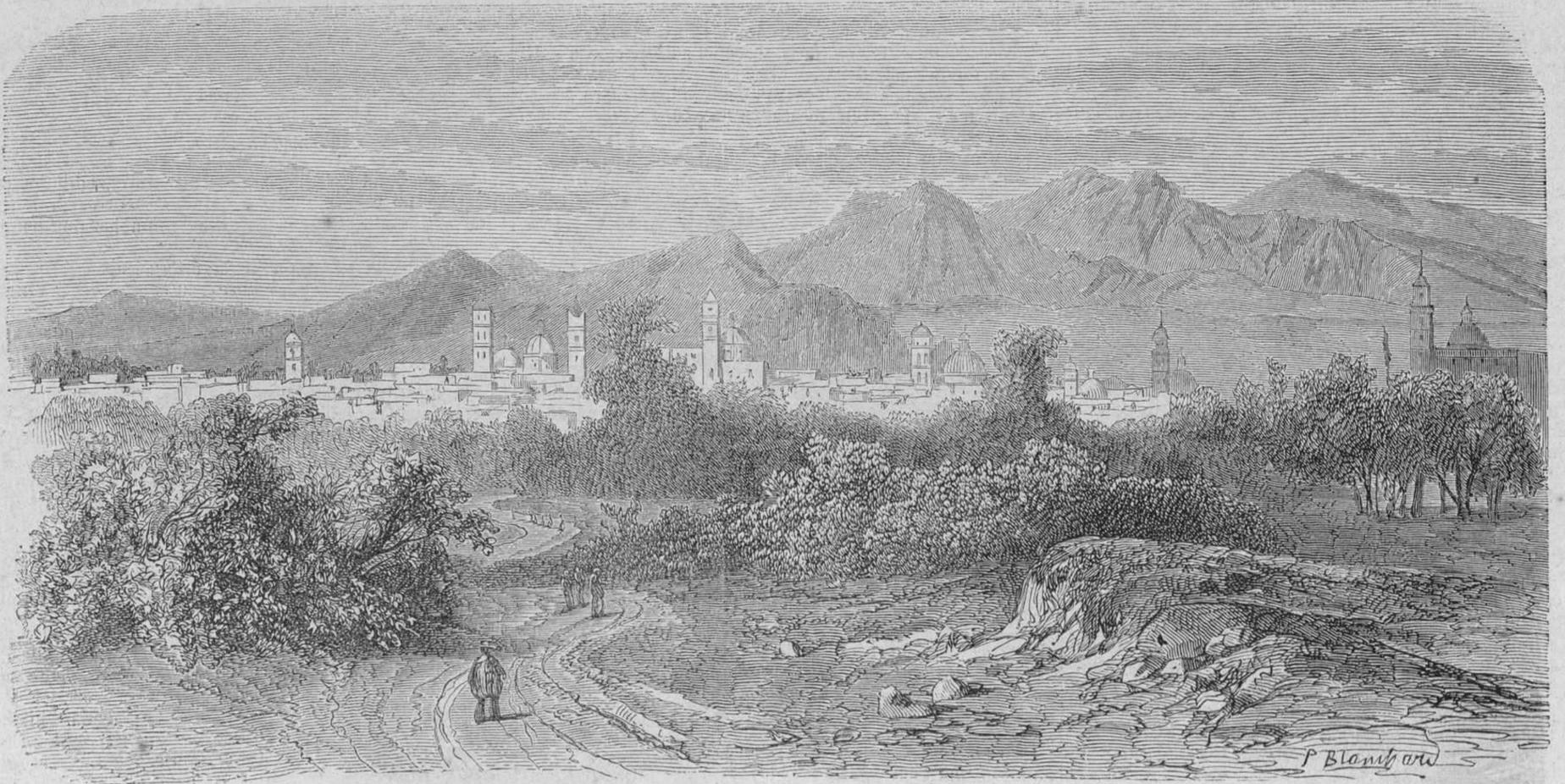
De San Luis de la Paz á la hacienda de Saucedá hay ocho leguas al través de una selva de cactus, de aloés gigantescos y de enormes malezas de yucas. De Saucedá á la hacienda de



Santa María del Río.

Villela (cinco leguas) el camino serpentea entre un laberinto de altas y soberbias montañas cubiertas de piedras enormes: es la region minera del Potosí. Villela se encuentra en un valle fértil en granos; inmensos prados con árboles seculares rodean la hacienda, que es muy hermosa é importante.

En Villela comienza un inmenso desfiladero trazado entre dos altas montañas, desfiladero que conduce al fondo de una garganta, que ensanchándose de repente da lugar á un delicioso valle por medio del cual corre un arroyuelo. Sobre las risueñas margenes de esta corriente de agua se halla como escondida entre los naranjos, las higueras y los almendros, una preciosa poblacion de diez mil almas, cuya existencia ape-



San Luis Potosí, vista tomada de la hacienda de la Tenería.

P. Blomby art

nas revelan los mapas. Es Santa Maria del Rio. Sus calles son derechas y tienen hermosas casas. Una vasta plaza en cuyo centro se levanta una columna de granito encarnado, está adornada en una de sus caras con una buena iglesia, ante la cual se extiende un jardín de soberbios rosales; en las otras tres están las bellas habitaciones de las personas pudientes. Nada mas delicioso que aquellos bosquecillos de verdura, aquellos campos de trigo y de cebada á que dan sombra higueras enormes. Apenas se ha dejado esta linda poblacion, cuando se presenta otro desfilaro de dos leguas de largo que nos conduce á Ojo Caliente, punto alámado por la bondad de sus aguas calientes, cuyo abundante manantial que circula por todo el valle le ha cambiado en un verdadero oasis.

Trece leguas faltan para llegar á San Luis Potosí, pasando por la hacienda de Pila y por la aldea de Real de los Pozos; preciso es atravesar un bosque de mesquitos, de yucas y de cactus, bosque poblado de enormes liebres y de lindisimas perdices de California.

San Luis Potosí, capital del departamento de este nombre, se halla en un vasto llano que se extiende á la falda de altos y pelados montes, muy ricos por su mineral de plata. Esta ciudad de tanta reputacion, no tiene, digámoslo así, mas que una plaza, con un hermoso palacio (el del gobernador), plaza á que se llega por ocho grandes calles, las únicas que hay empedradas. Al extremo de estas calles se ven los arrabales con casitas de piedra, todas entre jardines. Y sin embargo, en San Luis se carece de agua, y con mucho trabajo se han abierto pozos muy hondos, á cuyo beneficio alimentan la verdura. Para ser justos, di-



Portada y torre de la iglesia del convento del Carmen en San Luis Potosí.

remos que algunos hermosos monumentos situados en estos mismos arrabales embellecen á San Luis: me refiero á los conventos que son tan numerosos, y de los cuales el principal es el del Carmen, notable por la fachada de su iglesia y por su bella torre. Aunque es muy maciza la arquitectura de este monumento, ella da una alta idea de lo que hicieron los españoles en los primeros tiempos de la conquista. Tambien citaré el convento de San Francisco con el Santuario situado al extremo del paseo de la Calzada. Construido de granito encarnado, este Santuario es una bellisima iglesia, cuyas dos torres son de una construccion osada hasta lo sumo.

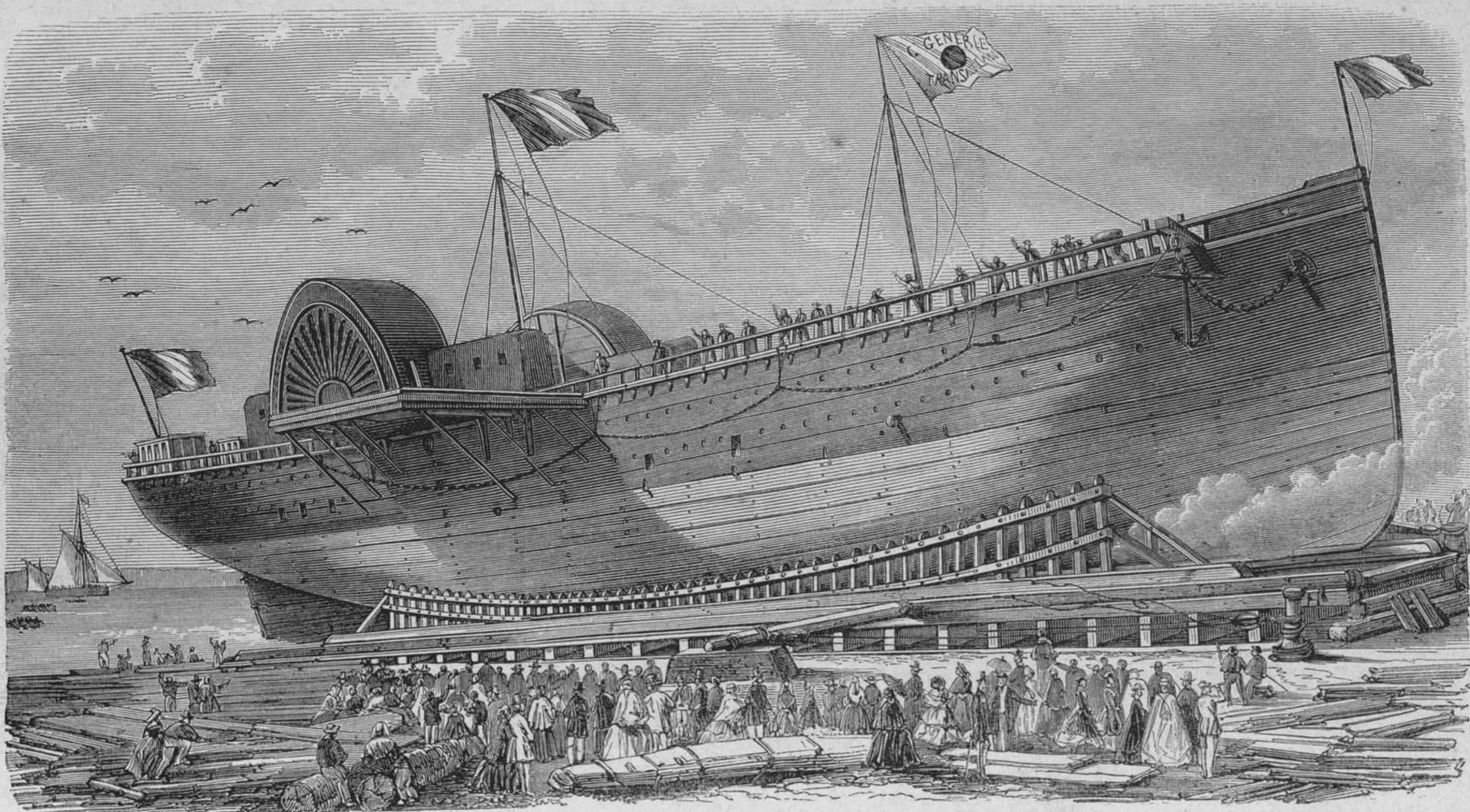
Hoy las minas que constituian la riqueza de San Luis se hallan casi abandonadas, y la casa de la Moneda es un monumento silencioso. Por eso esta ciudad de que se ha hablado tanto es bastante triste; dicen que tiene por rival la capital de Nuevo Leon Monterey, y en este último punto cuento fechar mi próxima correspondencia.

A. C.

Nuevo vapor

BOTADO AL AGUA EN SAN NAZARIO

A fines del mes último se ha botado al agua en San Nazario el nuevo vapor de la Compañía general trasatlántica *Imperatrice-Eugenie*. Al lado de este inmenso buque se veian otros cuatro de iguales dimensiones, que en breve seguirán al compañero que los ha dejado. Un empresario inglés, M. Scott, es quien los ha construido sobre los planos de un ingeniero francés de la marina, M. Forquenot, y con la ayuda de operarios franceses. Gracias á estos buques



El nuevo vapor de la Compañía trasatlántica, *l'Imperatrice-Eugenie*, botado al agua en San Nazario.

tan bien y tan rápidamente ejecutados, se va á completar la línea de Méjico al propio tiempo que se inaugura la de Nueva York.

El vapor *Imperatrice-Eugenie* tiene 406^m50 de largo, y solo le sobrepujan en dos ó tres metros los steamers *Persia* y *Scotia* de la compañía Cunard. Su ancho, de 43^m40, comparado con el largo, deja al buque una finura proporcional muy elegante. El hueco es de 9^m60. El desplazamiento en plena carga se eleva á 5,650 toneladas.

Un aparato motor de ruedas de una fuerza nominal de 900 caballos arrastra esta inmensa masa con una velocidad de 13 nudos por hora; el *Washington*, cuyo dibujo damos en nuestra última página, perteneciente á la misma compañía, ha sido construido por los mismos planos, y alcanza una velocidad de 13 nudos 5.

La *Imperatrice-Eugenie* deberá recorrer 3,600 millas (de San Nazario á la Martinica) sin renovar su provision de combustible, de modo que tendrá que llevar 1,350 toneladas de carbon. A pesar de esto hallarán puesto aun 300 pasajeros y 900 toneladas de mercancías.

La operacion de botar al agua este nuevo buque se ha operado felizmente. P. P.

Revista de Paris.

La córte se halla en Fontainebleau, donde han comenzado ya las fiestas del verano. Estos días se ha hablado mucho de un accidente que ha tenido lugar en esta residencia imperial, y cuyas proporciones se han exagerado hasta lo sumo. La verdad del caso parece ser que el emperador despues de haber comido, quiso poner el pié en un botecillo muy ligero que le sirve para pasear por el estanque de Fontainebleau, y que habiendo resbalado, volcó el esquife y el emperador cayó al agua, muy honda en ese sitio. Ahora bien, como el emperador nada perfectamente, salió con poco trabajo á la orilla sin socorro de nadie, y todo se ha reducido á un baño intempestivo despues de la comida.

El domingo último hubo carreras de caballos en el nuevo hipódromo de Fontainebleau, y aunque atrajeron una concurrencia numerosa y escogida, estuvieron muy lejos de ofrecer el interés que las de la semana precedente en el bosque de Boulogne. De estas se hablará largo tiempo en Paris, pues segun la opinion general, no ha habido otras mas animadas y brillantes, y sobre todo en pingunas hasta hoy el triunfo de la Francia sobre la Inglaterra ha sido tan ruidoso. Parece ser que se han cruzado millones en las apuestas. *Blair Athol*, el vencedor del Derby inglés que habia venido á Francia con todos los laureles de su reciente victoria, ha dado un solemne chasco á los que se precian de inteligentes. Entre las anécdotas que circulan relativas á esta nueva locura que con tal furor acaba de declararse en la poblacion de Paris, hay una tan instructiva como curiosa.

Una señora rica, aunque no en posicion de arrojar millones por la ventana, supo que su marido habia hecho una apuesta considerable con motivo de las carreras del bosque de Boulogne, y dirigiéndose en secreto á uno de los amigos íntimos de su esposo, le habló en estos términos:

— Viene á Vd. una madre, una madre inquieta por el porvenir de sus hijos, cuya fortuna compromete cada dia su imprudente padre, ya sobre un caballo, ya sobre una carta... Conozco su lealtad de Vd., así como su discrecion, y voy á hacerle una pregunta: ¿me responderá Vd. francamente?

— Hable Vd., señora.

— ¿Es verdad que mi marido puede perder cien mil francos en las carreras del bosque de Boulogne si gana el caballo inglés?

— No puedo decirlo con exactitud, porque no estoy al corriente de sus apuestas.

— En fin, poco mas ó menos...

— Sí, creo que puede llegar á cien mil francos.

— Pues ahí tiene Vd., es una locura, es diez veces mas de lo que le permiten sus recursos.

— ¿Y Vd. no se lo ha dicho?

— No escucha mis consejos...

— ¿Ni las súplicas?

— Menos aun; no veo mas que una manera de salvarle á pesar suyo...

— ¿Y cuál es ese medio?

— El de apostar yo tambien.

— ¿Idea peregrina!

— Sí, señor, yo apuesto noventa mil francos por el caballo inglés.

— ¿Por *Blair Athol*?

— El mismo: ¿los apuesta usted?

Los noventa mil francos quedaron apostados, y habiendo sido perdidos por la señora, los pagó el marido de los cien mil que le producía la victoria de *Vermout*. La intervencion de esta señora habia tenido por objeto limitar la pérdida como la ganancia posible de su esposo. No hay para qué añadir si esta intervencion le fué muy grata.

Tenemos que contar ahora á nuestros lectores un incidente judicial de la semana, que quizá parezca novela, pero que es una historia triste é interesante.

Hace siete años moria en una casa de locos una pobre mujer que habia cometido una falta, una flaqueza que pagaba con su razon y con su vida. Casada y madre de una niña, vino á enviudar, y para proporcionarse el sustento se halló reducida á ofrecer de modelo su hermosa cabeza en algunos estudios de pintura. Como nadie tenia nada que decir acerca de su conducta, los artistas que la ocupaban la profesan mucha estimacion, y nunca se vió exhausta de recursos.

Por desgracia un jóven extranjero se prendó de ella, y logró

que le correspondiese en una pasion que por cierto no era muy profunda, pues no tardó mucho en abandonarla volviendo á tomar el camino de Alemania, su pais natal. Era rico y de noble familia, y sin embargo, no cumplió las promesas que hizo á la viuda. Esta infeliz, despues de haberle esperado largo tiempo, perdió la razon al perder toda esperanza; la miseria le dió el último golpe, y hubo que encerrarla en la Salpetriere, donde murió sin haber recobrado sus facultades mentales.

Entre tanto habia dado á luz otra niña, Enriqueta, que no tenia mas que tres años cuando hubo que separarla de su madre. La hermana mayor, hija legítima, estaba en casa de unos parientes, y Enriqueta halló en la benevolencia de algunas personas que habian conocido á su madre una proteccion eficaz. La niña fué creciendo, y la enseñaron el trabajo y la caridad. La mas tierna amistad la unia con su hermana Agustina, y muy luego veremos hasta qué punto este afecto fraternal podia serla provechoso.

Enriqueta habia entrado en una tienda de lencería donde ganaba, con casa y comida, 25 francos mensuales. Actualmente la jóven cuenta diez y siete años, y sin ser de una hermosura extraordinaria, se puede decir que es bien parecida.

En vano la interrogan en el tribunal con la mayor dulzura; ni una palabra puede salir de su pecho oprimido; la vergüenza y el arrepentimiento paralizan sus labios crispados. Se dice que la risa es contagiosa; los que asistieron á esta triste escena podrían decir lo mismo de las lágrimas.

¿Qué delito ha llevado á Enriqueta ante la justicia? ¡Ah! La jóven ha tenido valor para robar de la tienda encajes, muselinas, blondas, terciopelos, flores; y todo ¿porqué? Porque tiene la desgracia de conocer á una tal Paquita y á una tal Victorina, entrambas pertenecientes al « medio mundo, » y era preciso rivalizar con ellas en lujo.

No obstante, Enriqueta ha resistido á los malos consejos; querian atraerla á reuniones donde habia varios Arturos, y Enriqueta no ha cedido; pero veia los encajes, los vestidos de seda, y quizá sin malos consejos sacrificó su probidad por lucirlos.

En efecto, parece ser que no vendió ninguno de los objetos sacados de la tienda, sino que los consagró á su uso. De otra manera, ¿cómo habria podido reunirse con Paquita?

Enriqueta no es otra cosa sino una víctima de la coquetería.

Entre los documentos que constan en la causa, hay dos cartas que encierran en sus dos páginas toda la historia de Enriqueta; lo que habria podido ser y lo que ha sido; en la una los consejos del ángel de la guarda, en la otra las tentaciones del espíritu maligno.

Hé aquí lo que la escribia su hermana Agustina:

« Paris 13 de mayo.

» Mi querida hermana: Hoy hace siete años que nuestra pobre madre bajaba para siempre al último lecho del reposo. Siete años hace, querida mia, y el recuerdo de esta pérdida tan dolorosa se despierta hoy en mí tan vivo como siempre. El tiempo calma mucho el pesar, pero no borra ni borrará nunca tan cruel recuerdo.

» Así pues, mi querida hermana, el domingo á las doce en punto se dirá una misa por nuestra buena madre en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, y te escribo estas líneas por si no vienes mañana.

» Tu afectuosa hermana — AGUSTINA. »

El diablo tentador se expresa en estos términos:

« Querida señorita: Me complacereis en alto grado si quereis aceptar el miércoles próximo una tacita de té; cuanto mas pronto vengais despues de anohecido mas favor nos hareis, y hablo en plural porque cuento ver igualmente á nuestras mutuas amigas Paquita y Victorina.

» Vuestro amigo — ARTURO. »

Enriqueta ha tenido la desgracia de escuchar al segundo, y esto la ha conducido ante la justicia.

Afortunadamente, la emocion que dominaba al auditorio cuando se presentó esta exposicion de los hechos, llegó hasta el tribunal, que se contentó con pronunciar la pena de quince dias de encierro.

Mas de una vez hemos visto en los sucesos menudos de la vida parisiense que vamos apuntando en estas revistas, que el lujo en el vestir habia inducido á muchas personas á cometer acciones mas ó menos reprobables. El patio del Palacio Real ha sido teatro hace pocos dias de una aventura que ha debido dejar recuerdos muy desagradables en una señora de veinte y seis años, que aficionada cual ninguna á preceder las modas, no temió presentarse en público de un modo extravagante.

Esta señora es casada, y habiendo salido su marido para un viaje, sin duda para distraerse de su enojo, habia imaginado un sombrero tan extraño, que cuando apareció con él en el Palacio Real, próximo á su casa, los paseantes se detuvieron, no habiendo visto cosa igual en este Paris, donde se diria que se ha visto todo.

Los mas osados la siguieron y formaron un grupo, que aumentándose por momentos llegó á ser en breve una muchedumbre. Todas las multitudes son expansivas, y así es que las risas y las bromas se cruzaban por todas partes lo mismo que un fuego graneado.

Llegó el caso de que los celadores del jardin no podian mantener libre la circulacion obstruida por mas de mil quinientas personas reunidas entonces en aquel sitio.

La del sombrero, causa del tumulto, habia tratado de mantenerse firme en un principio, y hasta habia contestado con oportunidad á los epigramas; pero á medida que iba creciendo el número de interlocutores, se hacian mas incisivos los apóstrofes, y muy luego los sarcasmos se confundieron con las injurias.

Entonces ante tantos ojos como estaban fijos en ella, en presencia de aquellas oleadas irónicas y amenazadoras, perdió la cabeza, y debieron intervenir los celadores secundados por varios agentes de policía para poner coto al escándalo y proteger á la avergonzada heroína de la aventura.

Con efecto, la hicieron salir por un pasaje que cerraron en

pos de sí; pero los curiosos, que hallaron otras salidas, volvieron á la carga en la calle de Richelieu, y como los grupos crecian lo mismo que la espuma, los agentes se vieron obligados á encerrar en el cuerpo de guardia del Palacio Real á la imprudente señora, y allí la tuvieron mas de media hora, hasta que se disipó por completo la muchedumbre.

Entonces mandaron á buscar un coche, y la señora del excéntrico sombrero pudo llegar á su domicilio.

La leccion fué severa, y es de creer sirva de escarmiento.

Acaban de emprenderse en Burdeos las excavaciones que hemos anunciado para el descubrimiento del tesoro de San Bruno, y como hemos prometido á nuestros lectores tenerles al corriente de lo que ocurra en esta ruidosa empresa, vamos á extractar á continuacion las noticias que nos traen los periódicos locales.

Se ha principiado por demoler una pared para dar acceso al antiguo Jardin botánico, y se ha practicado una abertura de dos metros cuadrados detrás del altar.

En el dia circula otra version sobre el lugar donde está oculto el tesoro. Se cuenta que un largo subterráneo tenia una de sus entradas en el antiguo convento de los cartujos, y se cita un prior muy aficionado á los placeres de la caza, que aprovechaba para ir al campo esta salida, la cual desembocaba en una ladera bien poblada de liebres y perdices.

Ahora bien, mientras unos aseguran que esta ladera es la de Arlac, otros aseguran que es la de Pessac. Sea como quiera, lo cierto es que existe un subterráneo, y que en él deben encontrarse los 25 millones.

De todo ello resulta que el tesoro de San Bruno ha pasado sucesivamente del cuarto del prior á la cueva de los cartujos, de la cueva de los cartujos á la cabecera de la iglesia, y que quizá en el dia va á fugarse por ese subterráneo de Pessac ó de Arlac. Las excavaciones comenzadas nos aclararán sin duda el enigma, si es que no le embrollan un poco mas.

Entre tanto se ha puesto una guardia que vela dia y noche á la puerta del antiguo Jardin botánico; los trabajos se prosiguen con mucha actividad, pero hasta aquí nada se ha encontrado, y las últimas noticias dicen que los buscadores de oro están bastante preocupados, pues el director de las obras les ha dicho que habia pruebas evidentes de excavaciones anteriores en el mismo lugar. Si la escalera que van á descubrir conduce á la cueva, deberian hallar el tesoro muy á la mano; pero si desemboca en el subterráneo, los millones podrían estar á algunos kilómetros de distancia.

Aquí se acaban por hoy nuestros informes.

Nada nuevo se ha dado á luz en los teatros de Paris durante la semana; y lo que es peor, no tenemos conocimiento de que se disponga actualmente ninguna produccion notable. Es la historia sabida y resabida de todos los veranos.

MARIANO URRABIETA.

Cantos de pájaro.

Tengo yo un pajarillo
Que el año pasa
Cantando entre las flores
De mi ventana;
Y un canto alegre
A todo pasajero
Dedica siempre.

Poco á poco los doce
Meses del año
Van pasando, y á todos
Envía un canto;
Que en los cantores,
Los cantos equivalen
A bendiciones.

Mi pajarillo tiene
Siempre armonías,
Para alegrar el alma
Del que camina...
¡Oh cielo santo!
¡Porqué no harán los hombres
Lo que los pájaros!

Triste pasa diciembre
Y alegre mayo,
Porque es el uno jóven
Y el otro anciano;
Mas los cantores
Aman al viejo, viejo,
Y al jóven, jóven.

Vulgo que no ves nunca
Flor si no nace,
Dia si no amanece,
Sol si no sale:
Oye los trinos
Que envía al pasajero
Mi pajarillo.

ENERO.

Cierzo y granizo azotan
Techo y ventanas;
El ganado aterido
Torna á la cuadra;
Las pobres aves
Dicen: « Aquí me meto,
Mas que me maten. »

— Otro cuento, abuelito.
— Padre, otro trago.
— Que se apaga la lumbre,
— Leña, muchacho.
Pues es mi cuento:
Que quien siembra en verano,
Coge en invierno.

FEBRERO.

¡Oh! Febrerito el corto,
Muy bien venido:
¡Qué hermosas esperanzas
Vienen contigo!
Quien no lo crea,
Pregunte al can que duerme
Bajo la higuera.

Fresca es la mañanita,
Porque los campos
Esmalta doña Escarcha,
Beneficiándolos;
Pero un almendro,
En florido lenguaje
Grita: ¡Buen tiempo!

MARZO.

Mar y cielo se visten
De azul celeste,
Y la tierra se pone
Su traje verde.
Visten de fiesta,
Porque saben que viene
La primavera.

La primavera viene
Sembrando flores,
Y la anuncian con cánticos
Pájaros y hombres.
Mar, cielo y tierra,
Te bendicen alegres,
¡Oh primavera!

ABRIL.

Flores brotan los campos
Y el alma flores,
Que las flores del alma
Son los amores...
¡Ay! ¡los que no aman
En el mes de las flores,
No tienen alma!

Virgen de ojos azules,
Casta paloma,
¡Porqué inclinas la frente
Tan melancólica?
Silencio, virgen,
Que el carmin de tu rostro
Bastante dice.

MAYO.

Pajaritos canoros,
Hermanos míos,
Entonemos á Mayo
Cantos divinos:
Que ya nos brindan,
Los tempranales, grano,
Los huertos, guindas.

Florido mes de mayo,
Bendito seas,
Que si flores nos quitas,
Fruto nos dejas;
Y en dulce lazo
Únes la primavera
Con el verano.

JUNIO.

Seas muy bien venido
Con tus verbenas,
Con tus plácidas noches,
Con tus hogueras,
Con tus romeras,
Tus dulces serenatas
Y amantes fiestas.

Gloria á tu sol fecundo,
Que ha sazonado
Las mieses y las frutas
Verdes en mayo.
Gloria á tí, Junio,
Que el sudor, convertido
Muestras en fruto.

JULIO.

— Padre, que el sol nos quema.
— Seguemos, hijo,
Que mas queman á uno
Trojes vacíos.
— Si es lumbre viva.
— Eso quiere la uva
De nuestras viñas.

— Hoy torno á mis hogares
Alegre y sano,
Yo que triste y enfermo
Vine á los baños.
Si el mes de julio
Viene un poco mas tarde,
¡Me halla difunto!

AGOSTO.

Mes de agosto, bendito,
Bendito seas,
Puesto que corazones
Y trojes llenas:
Trojes de trigo,
Corazon del labriego,
De regocijo.

Ya no ostentan su manto
Desde las vegas;
Pero ostentan en cambio
Trigo las eras,
Fruto las cámaras,
Racimos los parrales,
Gozo las almas.

SETIEMBRE.

Al hombro su escopeta,
Detrás los perros,
Por los campos cercanos
Se va el labriego;
Y á veces caza,
Y á veces filosofa,
Y á veces canta.

Al declinar la tarde
Vuelve á la aldea,
Pensando que sus viñas
Ya amarillean;
Y ébrio de gozo,
«Voy á tener, exclama,
Rios de mosto.»

OCTUBRE.

Mes de los melancólicos
Llaman á Octubre,
Que es amarillo el campo,
Pardas las nubes;
Y la arboleda
Gime al ver que sus galas
El viento lleva.

Pero ¡mirad qué alegres
Mozos y mozas
Invaden los viñedos
Desde la aurora!
¡Ved qué alegría
Pregonan los cantores
De las vendimias!

NOVIEMBRE.

¡Qué tristes las campanas
Tocan á muerto!
— ¡Recemos, hijos míos!
— Madre, recemos.
¡Que santifique
Nuestro hogar la memoria
Del que no existe!

— ¡Padre, padre, qué manta
De nieve cae!
— Falta le hacia al trigo,
Para arroparse.
— ¡Soplan los cierzos!
Soplaremos nosotros
Vinillo nuevo.

DICIEMBRE.

— Madre, mi comandante
Me da licencia
Para hacer con ustedes
La Nochebuena.
— ¡Dios mio, gracias,
Que vuelvo á ver al hijo
De mis entrañas!

Mazapan y turrones,
¡Sopa de almendra!
— Madre, en mi regimiento
No hay esas cenas.
— ¡Hijo, consiste
En que no es vuestra madre
Quien os la sirve!

Estos cantos cantaba
Mi pajarillo;
Mas viendo que otro canto
Le envié un niño,
Por las alturas
Tendió el vuelo cantando
Con amargura.

Los pájaros tenemos
Siempre armonías,
Para alegrar el alma
Del que camina...
¡Oh, cielo santo!
¿Porqué no harán los hombres
Lo que los pájaros?

ANTONIO DE TRUEBA.

La semana de las procesiones.

FIESTA DEL 5 DE JUNIO PARA LA CONSAGRACION DEL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA GUARDA EN MARSELLA.

Marsella 7 de junio.

Aun hoy no se habla en esta mas que de la gran funcion religiosa de anteayer. Este dia hara época en la historia de la ciudad, y la recordaran con entusiasmo mas de cien mil viajeros, procedentes de diferentes puntos de la Provenza, del interior de Francia, y aun de paises extranjeros. Todos se han quedado mas sorprendidos y entusiasmados aun que nosotros de esa fiesta, que ha aventajado en grandiosidad y belleza á todo cuanto habia visto Marsella. Sin dudá esta ciudad, merced á su riqueza, á su excelente clima y á su afición á las grandes fiestas, ha celebrado muchas y memorables.

En 1830 la toma de Argel dió ocasion á grandes fiestas populares, y en un momento toda la ciudad se vió vestida de gala con colgaduras, é iluminada hasta en las casas mas humildes y apartadas. Durante el gobierno de la revolucion de julio hubo fiestas de diferentes partidos, ya para recibir con brillante ostentacion á los jóvenes principes de Orleans que volvian triunfantes de Africa, ya para obsequiar á M. Berryer, diputado por Marsella, recibido como el rey de la elocuencia.

En tiempo de la república hubo sus banquetes populares al aire libre, plantándose en todas partes los arboles de la libertad. El imperio en 1860 organizó la mas espléndida y lujosa fiesta politica que se ha conocido, para obsequiar á Napoleon III y á la emperatriz Eugenia: se iluminó con una profusion sin igual el Prado en una extension de cuatro kilómetros, y el interior de la ciudad en una extension de dos kilómetros, es decir, que en una extension de legua y media se dispuso una iluminacion extraordinaria con pórticos luminosos y otras perspectivas. Esta iluminacion, es decir, los aparatos y jorales, costaron seiscientos mil francos. Ni en Paris se habia visto nunca una iluminacion igual. Para complemento se iluminó una escuadra con vasos de colores y fuegos de Bengala, y en esta conformidad los buques fueron á cruzar por el golfo, delante del Prado, pareciendo unos buques fantasmas. El espectáculo era deslumbrador, inexplicable; parecia cosa de hadas. El emperador llegó á decir que era demasiado. En los dos dias que la corte imperial permaneció en esta, el ayuntamiento gastó un millon doscientos mil francos, cantidad que puede parecer inverosímil, y que sin embargo está confirmada por los documentos oficiales.

La fiesta de ayer habra sido sin duda mucho menos costosa: todos los gastos se han cubierto con donativos voluntarios. La autoridad administrativa no ha invertido en ella un franco siquiera. Habíase dicho que vendria la emperatriz acompañada del ministro M. Baroche; pero solo ha venido M. Hamille, jefe de seccion en el ministerio de Cultos. No se ha tenido por conveniente dar permiso para establecer trenes de recreo, y el senador prefecto no ha visitado á los cardenales y prelados procedentes de Roma. Solo ha presenciado vestido de paisano la procesion.

Hay actualmente en esta cuatro cardenales franceses, dos de ellos procedentes de Roma, SS. EE. monseñor Villecourt y Pitra, y dos procedentes de sus diócesis, monseñor Donnet, cardenal arzobispo de Burdeos, y monseñor Mathieu, cardenal arzobispo de Besanzon. Hay además 8 arzobispos, 32 obispos, 2 abades mitrados y 6 prelados romanos.

El viérnes, festividad del Sagrado Corazon, y fiesta de precepto en Marsella, en conmemoracion de haber terminado la gran peste de 1720, hubo procesion general, á la que asistieron los cardenales y unos veinte obispos. El espectáculo era imponente, la concurrencia inmensa, el órden completo, lo cual es peculiar de todas las fiestas religiosas de Marsella. La policia, por decirlo así, nada tiene que hacer en estos casos, y esta poblacion de trescientas mil almas queda dominada por un sentimiento de respeto, á pesar de la diversidad de cultos y naciones que en ella hay. El cardenal Donnet, celebrante, pronunció un entusiasta discurso desde un espacioso entarimado en que estaban todos los demas cardenales y prelados. Su Eminencia deploró la ausencia y enfermedad del obispo de la diócesis; recordó la gran calamidad que dió motivo al voto de la ciudad y á esa ceremonia á la vez de expiacion y de gratitud, pues si la ciencia humana ha triunfado hasta cierto punto de algunas epidemias, hay otros contagios que todavia nos amenazan, contagios del error, de la inmoralidad, de los malos escritos y malos ejemplos. La sociedad se siente de ellos terriblemente; todo esta conmovido, pero todo puede remediarse con el auxilio de Dios. Invoquémosle todos juntos, y ofrezcámonos todos al Sagrado Corazon del Salvador de los hombres. Tal fué en resumen su discurso, pronunciado con voz vibrante y con mucha emocion.



Fiesta de la consagracion del santuario de Nuestra Señora de la Guarda en Marsella.

Para la noche siguiente nuestro prelado habia proyectado que se hiciera un paseo a la luz de hachas hasta la montaña de la Virgen, que debia ser trasladada procesionalmente a la catedral. La autoridad civil alegó el temor de que hubiese desórdenes nocturnos, y se opuso á que la ceremonia se hiciese despues de puesto el sol.

El domingo habia tal vez en la ciudad cuatrocientas mil almas. Todo estaba adornado. En algunas calles y boulevares habia hasta quince y veinte hileras de sillas en las aceras, y hasta en la colina de la Virgen de la Guarda se habian improvisado bancos de madera. En las fachadas de algunas casas, para duplicar el número de asientos que se alquilaban, hasta se habian dispuesto tribunas de madera. En fin, la concurrencia era inmensa en todas partes. La procesion que debia acompañar la imagen de la Santisima Virgen desde la catedral á su nuevo santuario, empezó á las dos de la tarde,

y no llegó á dicho santuario hasta las ocho de la noche. La procesion estaba dividida en cinco secciones ó cortejos. El primero, llamado de San Vicente de Paul precedido de una música, se componia de doce congregaciones religiosas y treinta grupos de niñas que llevaban flores, palmas y banderas. Los hermanos de la congregacion de Maria llevaban la peana de San Vicente de Paul.

El segundo cortejo lo formaban ocho asociaciones, confradías y colegios con varias músicas. Los penitentes llevaban las peanas de San Juan de Maha, San Ferreol y San Sereno.

El tercer cortejo se componia de quince asociaciones ó congregaciones y de numerosos grupos de niñas con banderas, y llevando las peanas de San Cannal, San Victor y San Teodoro.

El cuarto cortejo reunia varias músicas, veinte congregaciones ó asociaciones y colegios de niños y niñas

con banderas. Religiosos de diversas órdenes llevaban las peanas de varios santos.

El quinto cortejo, que llevaba la imagen de Nuestra Señora de la Guarda, se componia de diversas músicas, de congregaciones, de numerosos grupos de niñas, de una comision de los administradores del santuario de Fourvieres en Lyon, y de la peana de San Jacinto enviada por el papa.

Solo me detendré en explicar una de las cinco secciones de la procesion para dar una idea del acierto con que nuestro prelado ideó y trazó el plan de esta ovacion á la Virgen y á los santos patronos de la diocesis. Me ocuparé pues de la seccion de San Vicente de Paul. Despues de la banda de tambores, seguian varias luces precediendo una gran bandera verde llevada por los hermanos lazaristas, luego la música de un regimiento, ocho asociaciones de caridad, hombres y mujeres, las numerosas hermanas de San Vicente de Paul, y de dis-

tañia en distancia, entre una y otra fila, grupos de niñas que llevaban flores, estandartes y pendones, en los cuales estaban escritos los principales hechos del santo. 1605. San Vicente equivo en Túnez. — 1619. Limosnero general de clérigos regulares. — 1622. Visita el presidio de Marsella y se pone los grillos y cadenas de un presidiario. — 1634. Funda la compañía de las Hermanas de la Caridad, y así sucesivamente. Seguian despues las Conferencias de San Vicente de Paul, mas pendones, gran número de monacillos, cuarenta incensarios, gran número de flores y seis grandes banderas rodeaban las reliquias del santo, y seguia despues uno de los vicarios generales de la diocesis. Media compañía de infanteria cerraba esta seccion de la procesion.

De esta suerte, siempre nueva, siempre variada, siempre magnífica, fué esta procesion, cuyos detalles no pueden reseñarse. Baste decir que tomaron parte en ella doce mil personas. La aparicion de cuarenta ó cincuenta



Ocupacion de las islas Chinchas por las tropas españolas el dia 14 de abril de 1864.

mitras y báculos de todos los ritos y países, desde el báculo de madera de los abades hasta los báculos enriquecidos con piedras preciosas que llevaban algunos obispos, la presencia de ilustres prelados, todo excitó una emoción y entusiasmo general é indescriptible.

D. DE B.

Ocupacion de las islas Chinchas.

A propósito de la ocupacion por las fuerzas españolas de las islas Chinchas, el *Moniteur* ha publicado los siguientes pormenores sobre estas islas:

Las islas Chinchas ó islas de Guano ó Huano están situadas en el Océano Pacífico, costa occidental del Perú, á unas diez millas del puerto de Pisco, y se componen de tres pequeñas islas que surgen del seno del mar. La que se encuentra al Norte es la mas explotada, y contiene el principal establecimiento compuesto de un centenar de cabañas de madera habitadas por 200 ó 250 individuos.

Por una singular antitesis, estas islas, que dan al mundo la fertilidad, son absolutamente estériles, y presentan un aspecto triste, desnudo y desolado. La superabundancia de abonos impide la vegetacion.

La isla del Norte mide una extension de 4,200 piés con una anchura de 1,500 á 1,800, y se halla á unos 160 piés sobre el nivel del mar.

El guano, producido por la acumulacion de los excrementos de diferentes aves marinas, forma capas ya parduscas, ya rosáceas, que en ciertos parajes tienen un espesor de 120 piés.

Las cabañas de los habitantes están construidas sobre el mismo guano.

Todos los medios de su subsistencia, hasta el agua potable, se han de llevar del continente, de modo que la vida es cara en estas islas, además de ser muy poco agradable permanecer en ellas. Se ha establecido una excelente fonda que ofrece á los viajeros todas las comodidades que pueden desearse.

En mayo de 1839 la poblacion de la isla Norte comprendia 50 europeos, 50 chinos y 250 peruanos y negros. La mayoría de esta poblacion se componia de trabajadores (*mangueros, abarrotadores*) ocupados incesantemente en los puntos de embarque. Estos trabajadores ganan un jornal de peso y medio á dos pesos. A los chinos les dan cinco duros por mes y una racion diaria de arroz, lo cual indica hasta qué punto explotan los empresarios á los pacientes hijos del Celeste Imperio.

Las islas Chinchas tienen reputacion de sanas. Las emanaciones amoniacales que se desprenden del guano son mas bien favorables que nocivas para los órganos respiratorios, y hasta se asegura que algunas personas que habian partido del continente con el germen de enfermedades de pecho, han salido de las islas curadas y robustas.

Después de algunas tentativas de exploracion la isla del Centro fué abandonada completamente. En cuanto á la del Sur, se encuentra en el estado mas primitivo, y no lleva aun huella alguna de la actividad humana.

Las primeras tentativas para enviar guano á Europa como abono datan del año 1832, y desde aquella época la exportacion ha tomado proporciones enormes. Los últimos años ha llegado á 500,000 toneladas, de 1,000 kilós, y el gobierno ha percibido una suma de 12 á 15 millones de pesos.

Los arrendatarios venden el guano por cuenta del gobierno peruano, y reciben una comision de 3 1/2 á 4 1/2 por 100. Los contratos se hacen por lo comun por un periodo de cuatro años.

La primera exploracion científica que se ha verificado en las islas Chinchas, se debe á un ingeniero francés, M. Faraguet. Segun sus cálculos, la cantidad de guano contenido en la isla del Norte en el mes de setiembre de 1853 excedia á 4,189,477 toneladas peruanas (2,000 kilós); la isla del Centro contenia 2,505,948, y la del Sur 5,680,675.

La cabida ó existencia cúbica en las tres islas ascendia en aquella época á 12,376,000 toneladas, lo que, tomando por base de valoracion el precio medio del guano, representa un valor de 556,000,000 de pesos.

Desde el año 1841, época en que empezó formalmente la explotacion, hasta el año 1861, las islas Chinchas han dado casi tres millones de toneladas de guano, es decir, un producto de 135,000,000 de pesos.

El homicida.

EPISODIO HISTORICO.

(Conclusion.)

El espléndido Poniatouski deseaba que sus bodas se efectuasen con fausto y ostentacion; sus liberalidades le habian ganado las simpatias de casi todos los habitantes del distrito. Solo el honrado Frank, guarda-bosque del castillo, no experimentaba hacia el conde el sentimiento general. Mirábalo con cierta especie de estu-por, y movia tristemente la cabeza cuando le veia inclinarse cortésmente delante de su prometida y besar sus manos con trasporte. Varias veces habia intentado el

buen Frank hablar á su joven señora algo relativo sin duda al que debia ser su esposo. Su natural cortedad y cierta duda que no podia vencer, impidieron siempre al guarda-bosque llevar á cabo su deseo.

Un día se atravesó en el camino que seguia Poniatouski por el parque, cruzándose de brazos ante él. Mirólo el conde con repentina sorpresa, difundióse una mate palidez en todas sus facciones, mas componiendo bien pronto su semblante, dirigió á Frank una despreciativa mirada y siguió indiferente su camino.

Dos días después el infortunado guarda-bosque fué hallado casi espirante, atravesado su pecho por dos estocadas, por unos leñadores que cruzaban el bosque. Este acontecimiento afectó tristemente al baron, esparciendo la alarma en todos los habitantes del castillo. El herido fué trasladado á la inmediata aldea donde tenia su familia, y poco á poco, no hallando en qué fundar las conjeturas, restablecióse la tranquilidad en el palacio, y la feliz pareja vió con alegría firmarse los contratos que enlazaban sus destinos.

II.

EL DEDO DE DIOS.

Dijimos en el principio de esta verídica historia, que magníficos aprestos se disponian en el castillo de Stalchid: una alegre confusion reinaba entre la servidumbre. La ceremonia nupcial estaba aplazada á ocho días á contar desde aquel en que empieza nuestro relato. Por esta razon abrianse los antiguos aposentos del edificio, porque todo él habia de sufrir una reforma. Vetustos escaparates, macizos armarios que encerraban los antiguos tapices de la familia, ofrecian cuanto la ansiosa novelaria de los criados deseaba para sus preparativos.

Una de las criadas descubrió en un apartado desvan un gran arcon, que en otros tiempos sirvió sin duda para guardar las riquezas del castillo. Ocurriósele ver lo que habia en él; pero desconfiando de sus fuerzas para poder moverlo si la pesada tapa resistia, llamó á uno de los otros sirvientes. Pusieron manos á la obra, mas la cerradura enmohecida no cedia. ¿Dónde hallar la llave cuando aquel arca hacia á lo menos veinte años que yacia relegada y en desuso en aquella distante buhardilla? Mas como quiera que la curiosidad doméstica es un cáncer de insaciable comezon, nada omitieron los criados por satisfacer su anhelante ansiedad.

Después de hacer inauditos esfuerzos para abrir el arcon, probando cuantas llaves pudieron haber á las manos, en un desesperado esfuerzo que intentaron conocieron que estaba abierto; solo que el hierro de que la tapa estaba forrada, lleno de orin, tenia como calafateada la cerradura. Un grito de gozo lanzaron los dos audaces criados al ver la tapa algun tanto separada de la caja; pero á este grito le siguió otro de estupor... Por aquella abertura se escapaba una corrupta exhalacion.

Entonces se miraron los dos emprendedores criados con irresoluto ademan, siéndoles forzoso renunciar á su tarea, tan penetrante era el olor que salia del arca. No tardaron en tomar su partido y salieron dando voces al resto de la servidumbre. En un instante aquel aislado y olvidado desvan que los habitantes del castillo habian desdeñado por tantos años, se vió lleno de curiosos; pero cosa extraña, ninguno de ellos osaba llegar al entreabierto arcon, por mas que los espolease su creciente curiosidad. Conjeturas y suposiciones se propagaron sin cuento: ninguno atinaba con la causa de aquel fenómeno, y resolvieron unánimes dar parte á su señor de aquella singularidad, por mas que les pesase demostrar su oficiosa curiosidad; todos rehusaron llevar el mensaje, y por último decidióse la primera que intentó la empresa.

Hallábase reunida la familia en el salon de recibo, con motivo de haber llegado el bailio del distrito á procurarse algunas aclaraciones relativas al asesinato cometido en la persona del honrado Frank. Levantó la criada la cortina del salon, y viendo á persona extraña, permaneció vacilando en el mismo lugar: en cualquier otro momento, su presencia no hubiese llamado la atencion de los señores; pero bastóle á Armanda una mirada para comprender en el agitado semblante de la sirvienta, que ocurría algo inusitado.

— ¿Qué hay? le dijo llegando á ella con solicitud.
— Es, señorita... que vos no podeis entrar allí.
— ¿Cómo? ¿dónde? ¿de qué hablas?
— Pero ved, señora, que entré por casualidad... y...
— No comprendo, explicate.

Este ligero altercado detrás de la cortina de la entrada, atrajo por último la atencion de Astolfo, que pedida la venia á su visitante, salió á informarse de lo ocurrido. Algunos instantes pasaron antes que el baron y su hija pudiesen comprender de qué se trataba. Al principio oyó con indiferencia Astolfo el relato de la criada; mas sus alteradas facciones lo impresionaron por último, y rogando á su hija que volviese al recibimiento, no tardó en llegar al sitio en que se hallaban reunidos los demás criados á la puerta del desvan.

Enterado por ellos del motivo de su asombro, cogió con mano segura el pestillo de la tapa del arca, que cediendo de golpe dejó caer á los piés del baron un ligero objeto metálico que tomó y guardó en su mano: era una sortija aplastada entre la cerradura del arcon.

Un nauseabundo y sofocante olor invadió el reducido aposento, de tal suerte que el baron y los que le acompañaban tuvieron á bien hacerse atrás.

— No lleveis á mal que intervenga en lo que ocurre, dijo á este tiempo el bailio, que informado por Armanda

de la sorpresa de la criada, pidió á la joven le guiase á aquel lugar. En mi calidad de magistrado, tal vez no sea inútil mi presencia.

Astolfo le mostró por toda respuesta el arcon, y el digno hombre, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se acercó á mirar el interior.

— ¡Es un esqueleto!... exclamó dando un paso atrás.
— ¡Un esqueleto! gritaron consternados los circunstantes.

Un momento de solemne silencio se siguió. El baron se sintió desfallecer: su corazon latia con violencia queriendo hacerse inteligible á su razon. Sus atropelladas ideas querian presentarle con violenta rapidez el conjunto de un espantoso drama. Armanda cayó al suelo desvanecida, y fué preciso alejarla de aquella repugnante escena.

Poco á poco los ánimos se serenaron. La autoridad del bailio restableció el orden, y cesaron las divergentes conjeturas.

Se extrajo el cadáver del arca, y aunque en un estado de completa destruccion, conociase por los restos del ropaje y por las dimensiones del esqueleto, que era de una mujer.

¡Horror! Una súbita luz pasó del corazon al entendimiento del baron.

— ¡Mi hija! ¡mi Etelvina! ¡la perdida lumbrera de mi vida!

Este grito lanzado por el torturado corazon del anciano, sobrecogió de espanto á los circunstantes, y por algunos momentos reinó un respetuoso silencio.

Luego el que allí representaba la autoridad, aconsejó al desolado Astolfo con bondadosas palabras, que se retirase por algun tiempo, pues su presencia en aquel lugar paralizaria necesariamente la actividad que debia desplegarse en aquel acontecimiento inaudito.

Convino el baron en salir, y puso en manos del bailio la aplastada sortija que cayó al abrir el arcon. Después de examinarla esta con prolija atencion, descubrió una verdadera piedra cuadrilonga en forma de sello, en la que se distinguía un casco con yelmo y las iniciales N y P. Era evidente que al perpetrarse aquel crimen, no hallándose en aquel acto llave en la cerradura del arca, dejaron caer la tapa con pujanza sobre aquel anillo, supliendo aquel estorbo de seguridad.

Un incidente acaecido pocas horas después en el castillo vino á esparcir alguna luz para el desenlace de aquel oscuro drama.

El viejo Frank, restablecido casi milagrosamente de sus peligrosas heridas, usando de sus primeras fuerzas, llegóse al castillo ansioso por hablar al baron. No se hallaba este en estado de poder escucharlo, y en su defecto acudió solícito al bailio, quien no tardó, con la sagacidad propia de su clase, en posesionarse de conducentes datos para la averiguacion que deseaba.

Informóse, apenas concluyó su interesante interrogatorio, de si se hallaba en el castillo el noble conde Poniatouski. Este habia salido á caballo al amanecer á una de sus frecuentes excursiones por las inmediatas cordilleras del Jura.

No tardó el previsor bailio en hacer llegar alguna fuerza armada al castillo de Stalchid, dando especiales órdenes á todos sus habitantes de conservar cierta quietud y compostura al arribo del noble caballero.

Los restos de la malograda Etelvina se trasladaron al oratorio del palacio, donde varios deudos del baron, de riguroso luto, velaban á la luz de resplandecientes hachas, las cenizas del tronchado vástago primero de Stalchid.

Era de noche: las pisadas de un orgulloso palafren chispeaban sobre los pedernales de la avenida del castillo. Dos criados salieron como de costumbre á sujetar el estribo del conde Poniatouski.

— ¿Qué hay? preguntó con cierto énfasis a los que se apoderaron de su cabalgadura.

— Nada, señor, dijeron los mozos con mal fingida serenidad.

El conde dirigió una suspicaz mirada á la fachada del edificio, y sin duda la claridad que se escapaba de la ventana del oratorio hubo de sorprenderle. Entonces, sin darse cuenta de las ideas que cruzaron por su mente, dió orden á los criados de que le volbiesen el caballo, pues habia olvidado una urgente diligencia. Indecisos los interpelados, se miraron como preguntándose si hasta allí llegaba su consigna.

Cogió Poniatouski con cierto despecho las riendas de su corcel. Pero en el acto dos robustos brazos paralizaron la celeridad de sus movimientos. Al querer pedir explicacion de aquella inusitada conducta, el conde se encontró frente á frente con el bailio, que le dijo con urbanidad:

— Señor conde, dispensad el brusco ademan de esos hombres, que llevan muy lejos la orden que se les ha intimado.

— ¿Pero de qué se trata, caballero? ¿con qué derecho?...

— El señor baron, continuó con calma el impasible magistrado, se halla acometido de un ligero accidente, y desea que paseis á su presencia. Soy un amigo suyo, y me ha suplicado saliese á vuestro encuentro.

Nada halló que contestar el conde á tan corteses palabras, y siguió á su interlocutor al interior del castillo. Llegaron á una pieza aislada del edificio, y al ver Poniatouski á varios hombres de extraña catadura agrupados á la puerta, volvióse hacia el bailio como pidiendo explicacion. Este miró con profunda expresion de entereza al conde mientras le decia:

— Caballero, hasta nuevas medidas permaneceréis aquí vigilado, mientras un tribunal competente os re-

clame; y os aconsejo no intenteis violencia alguna, que no serviría mas que para agravar vuestra situación.

En vano intentó el conde prorumpir en amenazas sobre su atropellada dignidad. El bailío le intimó con política que entregase si llevaba algun arma, no dando lugar a que pusiesen la mano sobre su persona. Forzoso le fué entregar un afilado puñal español que llevaba en la cintura, en cuya hoja descubrió la indagadora mirada del bailío una N y una P.

Justo será que demos un resumen de la declaración del buen Frank al bailío.

A la llegada del noble conde al castillo de Stalchid en demanda de la mano de la hermosa heredera, hallábase el guarda-bosque a su entrada principal. La fisonomía del noble señor le hizo estremecer, y no dando crédito a sus ojos, procuró diversas veces hallarse a su paso para aclarar sus sospechas. Había creído reconocer las facciones de un temido bandido, cuya persona había alcanzado a ver mas de una vez en las fragosidades de las montañas.

Mas tarde el buen Frank dió parte a su señor de la alarma difundida en el distrito por algunos desmanes cometidos en el país por una partida de foragidos, cuyo jefe aseguraban llamarse Norberto Poniatouski.

Después de la partida de sus amos para Viena, el país había gozado de la mas perfecta tranquilidad, olvidando enteramente aquel accidente; mas luego que el baron y Etelvina reaparecieron en el castillo, tratándose del matrimonio de esta con el hijo del podestá, aseguró el guarda-bosque haber visto mas de una vez cruzar rápidamente un hombre encubierto cuyas facciones no había podido descubrir por mas que lo intentara; deseaba, antes de dar parte a su señor, conseguir averiguar mas positivos datos sobre la presencia de aquel intruso.

Las fiestas que se preparaban lo distrajerón de aquellas ideas, y llegó el día de las bodas. En la hora en que todos los habitantes del castillo se entregaban al placer, y Etelvina, seguida de sus jóvenes amigas, corría gozosa, ocultándose de sus compañeras por el parque y las habitaciones, Frank creyó distinguir, a la incierta luz del crepúsculo, una sombra deslizarse entre los árboles y desaparecer por el vestibulo del palacio.

Parecióle a Frank una insensatez que un solo hombre abrigase hostiles proyectos; y habiendo visitado sin éxito algunas piezas, permaneció tranquilo hasta que pocos momentos antes de la desaparición de su señora, le pareció oír un sordo ruido, como si se cerrase con violencia una puerta de alguna vacía y distante habitación.

Hasta aquí llegaban sus observaciones respecto a la pasada época del ya referido desastre. En la actualidad siempre fiel servidor de la familia de Stalchid, participó de la alegría de esta al tratarse del enlace de la mas rica heredera de la comarca con el espléndido conde Poniatouski. Por acaso, hallóse un día frente al prometido de Armanda, y figurósele descubrir las facciones del foragido de otros tiempos. Estremecióle esta descubierta, y buscó la ocasión de cerciorarse. Llegó por fin; pero aquel día fué la víspera del asesinato intentado en su persona, pues al día siguiente se sintió acometer en el bosque por un enmascarado, y nada mas podía decir...

Al recobrar sus fuerzas con la vida, el infeliz, lleno de inquietud por la suerte de su señorita, volvía con el ansia de hacer una revelación, que recelaba fuese ya tardía.

Hemos visto que la Providencia interpuso su mediación para el segundo atentado proyectado contra la familia de Stalchid, por el malvado bandido Norberto de Poniatouski.

Una causa célebre se debatió por aquel tiempo en los tribunales de Viena. Un temido foragido, vástago espúreo de noble raza, so pretexto de despreciar las leyes, queriendo vengar una medida rigurosa tomada por el gobierno contra sus desórdenes, se reunió a una partida de malhechores, asolando por intervalos el país.

Un día, desgraciado para la infeliz Etelvina, alcanzó a verla, y la profunda impresión que le causó su hermosura fué tal, que puso en juego para conseguirla cuanto puede combinar una violenta pasión con un carácter audaz y emprendedor.

Volvio a la corte, donde procuró hacerse lugar a la sombra de su noble nombre, y acaso sus instintos hubieran mejorado si consiguiera ser amado de la candida Etelvina. Estremecióle la joven bajo el poder de aquella ardiente mirada, y retrocedió de espanto ante su naciente inclinación. El lector sabe lo que siguió.

Próxima a dar su mano al hijo del compañero de armas de su padre, ajena de cuidados para el porvenir, huía de sus amigas jugando, y ocurriósele esconderse, deseosa de inquietarlas algunos momentos. Buscando lugar a propósito, llegó a un desvan abandonado, y viendo se hallaba allí un gran arcon, observó que estaba vacío, y entróse dentro dejando la tapa levemente suspendida.

¡Desgraciada! Poniatouski la acechaba, y en la desesperación de verla pasar a otros brazos, iba propuesto a robarla ó en último caso asesinarla. La fatalidad favoreció por entonces sus atroces designios... violó introducirse dentro del arca, y súbitamente ocurrióle la diabólica idea de ahogarla dentro. Veloz como el rayo destructor, precipitose hácia el arcon poniendo sobre la pestillera su sortija, y dando en la tapa un tremendo golpe, privó de aire a la infeliz víctima de su desenfrenada pasión. Sin duda que la misera Etelvina quedaria privada de sentido, pues de otro modo sus desesperados esfuerzos hubieran quizá procurado su salvación.

El paso rápido del tiempo había hecho su ordinario efecto: sobre las heridas del alma esparció un ligero bálsamo para curar superficialmente la honda llaga que

la torturaba. Sobre la frente del culpable tendió una negra huella, otorgando a los indiferentes el olvido.

Luego que pasaron algunos años no vaciló Poniatouski en presentarse de nuevo en la corte, provisto de documentos que le aseguraban una pingüe herencia y un título de conde. La procedencia de estos títulos estaría tal vez manchada con algun nuevo crimen; pero su natural impudencia supo acallar los rumores, guiándolo su destino a fijar su audaz mirada en el angélico semblante de Armanda de Stalchid. También la amó, como él era capaz de amar, con arrebatos, desde la pasión hasta el crimen si necesario fuese. Esta vez supo inspirar parte de lo que sentía; y aunque hubiera querido llevar a cabo su plan lejos del castillo de Stalchid, donde su acomodaticia conciencia se sublevaba no obstante contra él, fué preciso vencer aquella pasajera repugnancia para llegar hasta Armanda, digna por su brillante hermosura y sus riquezas de la violencia que se hiciera por llegar a pedírsela al baron.

Hemos explicado todas las circunstancias que se siguieron: réstanos solo añadir que concluidos los funerales de la malograda Etelvina, celebrados con gran pompa, el afligido padre y hermana pasaron a Viena, siéndoles forzoso prestarse a algunas declaraciones exigidas por los tribunales en el juicio de Poniatouski.

La enlutada belleza también llamó la atención en la corte austriaca; pero mas feliz que su hermana, fijó como ella el corazón de Adrian, entonces heredero de las virtudes, riquezas y empleo del podestá. Supo hacerse amar de Armanda, y seguro de su consentimiento, dijole un día al baron:

— Una de vuestras hijas me estaba destinada.

No tardaron los jóvenes en unir sus destinos para consuelo del desgraciado padre.

Norberto de Poniatouski sufrió la última pena en castigo de sus crímenes, notándose en las circunstancias que precedieron a su causa y condena el dedo infalible de Dios.

ANGELA MAZZINI.

Lejos de la patria.

HOJAS DEL DIARIO DE UN POETA.

I.

Era la hora del canto melancólico de los poetas desgraciados: la hora del paseo solitario de los amantes afligidos.

No se oía el triste sonido de la campanilla del rebaño ni el ruido del hacha de los leñadores.

No se oía el canto de las lavanderas a orillas del río, ni la balada del pastor al pié del árbol, ni la canción del marinero cerca de la playa. ¡Qué calma, qué paz, qué silencio!

El sol tocaba a su ocaso inundando el cielo, el mar y los campos de un luminoso vapor teñido de azul, oro, rosa y esmeralda. La luna llena, pálida y triste, salía lentamente de la espuma de las aguas extendiendo por los bordes del horizonte su cabellera de plata y los pliegues de su velo de gasa salpicado de diamantes.

La estrella vespertina, linda y nacarada, brillaba temblorosa entre los tibios vapores del crepúsculo de la tarde.

La golondrina, la gaviota, la alondra y la garza blanca, lentas y caprichosas, batían perezosamente sus alas en todas direcciones, posándose en la punta de los peñascos, en la veleta de los campanarios, en las almenas de las azoteas y en las cornisas de las iglesias.

Susurros vagos y suaves como el murmullo de una melodía lejana, voces misteriosas como los rumores de las grandes soledades, llenaban las ondas de la atmósfera perfumada con el aroma de los manzanos y naranjos en flor.

Aquel sol moribundo, aquella calma profunda, aquel silencio solemne, aquella triste poesía, aquellas aves perezosas, aquellos sonidos desconocidos, me conmovían, mi corazón lloraba, se quejaba y se sentía morir...

¡Oh! ¡qué dulce es la oración de la tarde! ¡Qué emociones tan placidas inspiran a los poetas y a los enamorados el último vuelo de la golondrina, el último rayo del sol poniente, las últimas armonías del día que muere, y las últimas vibraciones del *Angelus* perezosamente repetidas por el eco de loma en loma!

En aquella hora, entregado a una vaga é indefinible melancolía, abismado mi pensamiento en dolorosas meditaciones, aspiraba el perfume de la flor de los recuerdos, y pensaba en mi tierra querida.

II.

Me acordaba de mi padre, de mi madre, de mi hermanita, del cura de mi aldea, y de mi dulce Jenni, mas linda que las estrellas azules, mas blanca que las blancas estrellas del alba, melancólica como las estrellas nebulosas que se esconden en las manchas de color de perla que jaspean el cielo en las puras y serenas noches de verano.

Me acordaba de la golondrina que venía todas las tardes a anidarse en las grietas de las paredes de mi jardín; del perro que me aguardaba meneando la cola en la ventana de la sala ó en el umbral de la puerta; de las palomas blancas y azules de mis bosques de inmortales verdura.

Creía oír las canciones del aya que mecía la cuna de

mi hermanita; el canto triste del negro que limpiaba la cocina; el canto aun mas triste de la esclava que lavaba los manteles en el arroyo del huerto de mis padres.

Creía ver el azulado humo de mis hogares, la casita del guarda-bosque al pié de la montaña, la verdosa luz de *San Telmo* ó *Santa Elena* en la cruz del cementerio y en la veleta del campanario en las noches de tempestad. ¿Y las flores de mi jardín? ¿y las costumbres de mis mayores? ¿y el amor de las hijas de mi país?... ¡Oh! ¡yo me acordaba de todo!...

III.

¡Cuál fuera feliz mi corazón si tornaran aquellas placidas escenas de la vida doméstica, aquellos dulces cuadros íntimos de familia, aquellas tiernas alegrías de las fiestas de la casa paterna, aquellas agradables veladas de invierno pasadas al rumor de la lluvia y del viento junto a la llama del hogar, donde siempre había una tetera humeante que dejaba oír un ligero murmullo producido por los hervores del agua destinada a la infusión del té!

¡Jenni! ¡cuántas veces, en aquellas sabrosas y apacibles reuniones nocturnas al rededor de la lumbre, contemplé a los reflejos del fuego y a la claridad de la lámpara, tus lindas facciones mientras el aya arrullaba el sueño de mi hermanita cantando aires populares con expresión melancólica!

IV.

¡Te acuerdas, Jenni! Apenas brillaba la estrella de los pastores, abrias la puerta de tu cabaña oculta en un bosquecillo de limoneros y naranjos en flor. Ya yo estaba allí al pié del ciprés, junto a la fuente sombreada por un sauce del desmayo. Salíamos el uno al encuentro del otro, nos dabamos las manos, y saludábamos al lucero de la mañana y a la blanca luz del alba.

Luego yo ataba bajo tu barba, coloreada con el dulce matiz de la primera edad, las cintas de color de rosa de tu sombrerillo de paja de arroz adornado de campanillas azules y verbecitas del campo.

Seguimos el caminito que conduce a la casita del cabrero de la montaña, y allí a orillas del agua bebíamos sabrosa leche en jarros de búcaro. Luego hacíamos ramilletes para el cura de la aldea que adornaba con nuestra ofrenda los ángulos del altar y las cornisas del campanario.

¡Oh! ¡cuál fuéramos dichosos si gustáramos otra vez del bien que hemos perdido!

V.

¡Te acuerdas, Jenni! Juntos íbamos a la misa de aguinaldos tiernamente cogidos de la mano como dos amores; juntos oíamos la Misa del Gallo y comíamos las tortas de Nochebuena en el atrio de la iglesia al alegre clamor de las campanas que celebraban el nacimiento del Niño Dios; juntos, primorosamente vestidos de ángeles, regábamos flores en la procesion del patrono del pueblo; juntos paseábamos en las noches de feria comiendo manzanas y buñuelos; juntos íbamos a la iglesia los domingos por la mañana, y los sábados por la tarde a oír la Salve; juntos íbamos al cementerio el día de Difuntos a adornar las cruces de madera con la flor amarilla de los muertos; juntos saboreábamos las mismas frutas a la sombra del emparrado el día que mi padre celebraba su natalicio con una fiesta de familia; y juntos nos sentábamos siempre en el banquete del hogar, comiendo el mismo pan y bebiendo el mismo vino, el vino de la patria, no en la copa de oro del festín, sino en la copa de trasparente cristal del amor y de la amistad.

VI.

¡Dios mio! por el amor que tengo a mi patria, precipita la llegada de esa fecha ignorada que ha de señalar el día que tornarán para mi esas hermosas escenas domésticas, esos dulces cuadros de la vida privada, esas alegrías de las fiestas de familia tan gratas al poeta, al enamorado y al corazón sensible.

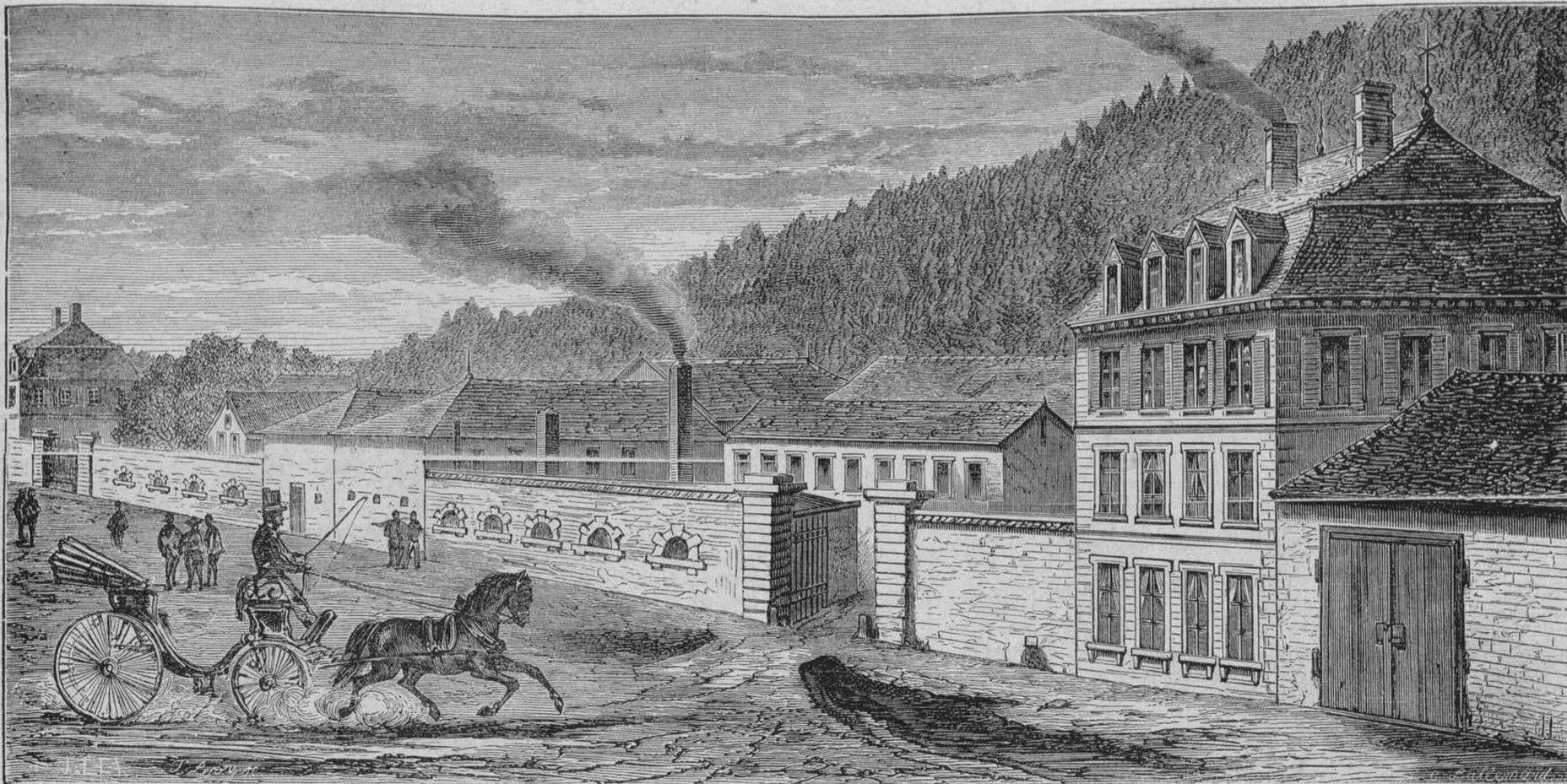
¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Lloraré mucho tiempo lejos de la patria?

JULIO ROSAS.

El vino de Champaña.

ESTABLECIMIENTO DE MM. JOSEPH PERRIER FILS ET C^o, EN CHALONS DEL MARNE.

Entre los vinos de Francia que se exportan a la otra parte de los mares, figura en primera línea el vino de Champaña. ¿Cuál de nuestros lectores no ha apreciado el espumoso néctar de Ay, de Sillery, de Bouzy? Estos deliciosos productos, aparte de los encantos que les son propios, que se cosechan y se venden por millones de botellas, constituyen la industria de toda una provincia. Bajo este concepto, creemos agrandar a nuestros lectores dándoles los dibujos de un establecimiento modelo para la fabricación del vino de Champaña, el de MM. Joseph Perrier fils et C^o, cuyos excelentes vinos han pro-



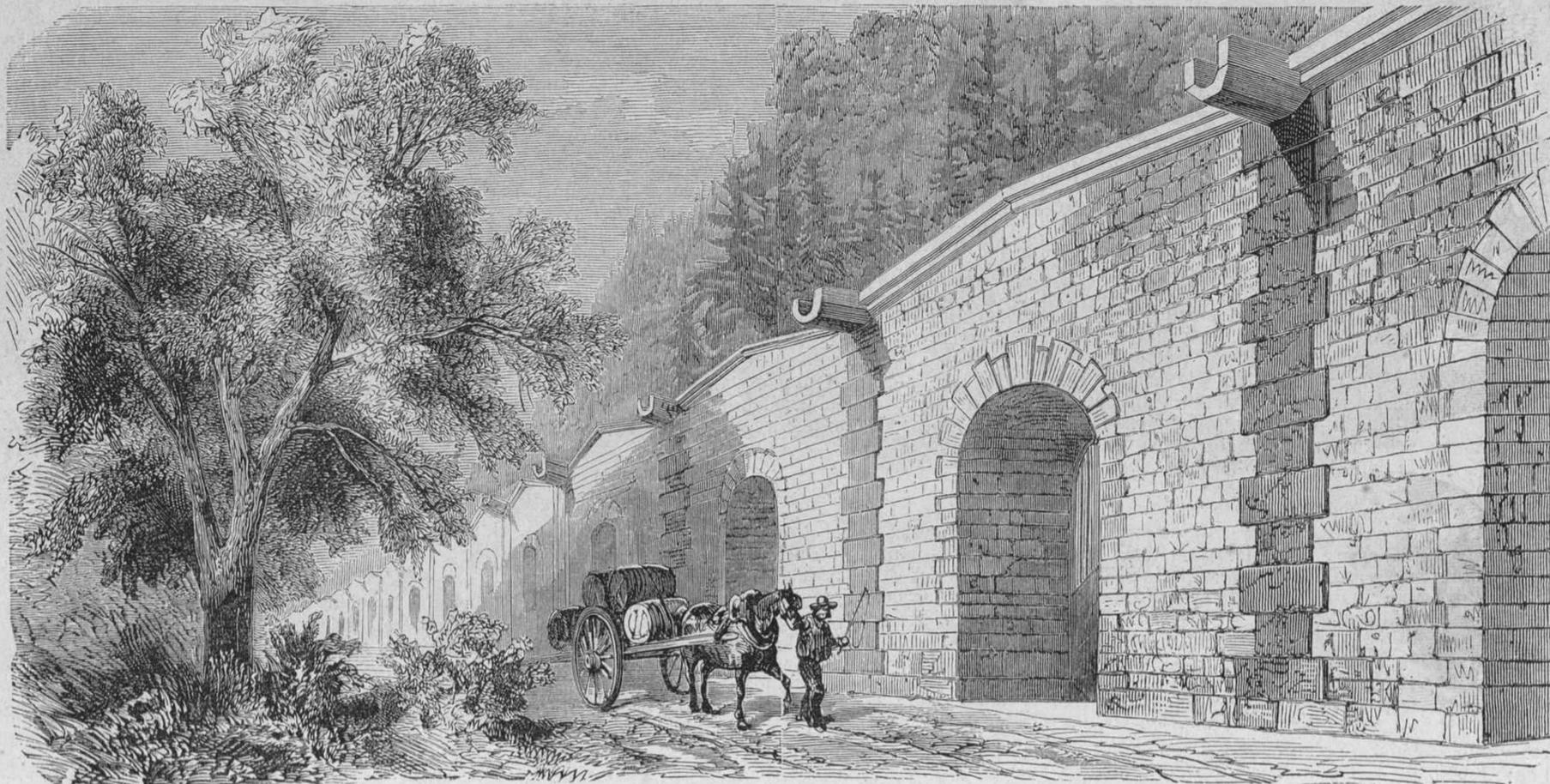
Vista general del establecimiento de MM. Joseph Perrier fils et Comp. en Chalons del Marne.



Aberturas perpendiculares á las quince bóvedas de las bodegas.



Vista de las quince bóvedas de las bodegas.



Entrada de las bodegas.

bado la mayor parte de ellos. —

Esta casa está dirigida hace cincuenta años por M. Joseph Perrier, ex-alcalde de Chalons del Marne, habiendo sido fundada por el padre de M. Perrier á fines del siglo último. El establecimiento fué trasportado fuera de la ciudad, y ha sido construido en 1827 por M. Joseph Perrier.

Los edificios presentados en la vista general del establecimiento de MM. Joseph Perrier fils et C^e, se hallan situados en el Petit-Fagnieres, arrabal de Chalons del Marne, fuera de la barrera en el camino de Paris, á proximidad de la estacion del ferro-carril del Este, y al pié de un cerro de creta de veinte metros de altura. En esa piedra caliza, M. Joseph Perrier ha hecho abrir sus hermosas bodegas, que tienen una extension de mas de dos kilómetros, y que á justo titulo estan consideradas como un tipo entre las bodegas abiertas en la roca á flor de tierra. Hallanse divididas en galerias paralelas uniformemente atravesadas por pasajes regulares y tambien paralelos. Uno de nuestros dibujos pequeños da una idea de esta sucesion de bóvedas, y otro representa las aberturas en arcadas que dan entrada á pié llano á todas esas galerias por puertas vidrieras que las alumbran por un extremo. El otro extremo que desemboca en el centro de la colina, está alumbrado por pozos que envian la luz sobre reflectores metálicos. Esta disposicion excepcional proporciona á estas bodegas sobre las demás bodegas subterráneas (cuya temperatura tienen) una inmensa



TAITI. — Tipo de mujer.



Tipo de hombre.



La salida del templo.

ventaja, la de estar alumbradas por la luz del día, con mas una ventilación perfecta. En suma, se hallan en las mejores condiciones de orden, de vigilancia y de economía.

Las colonias francesas.

TAITI.

III y último artículo. — (Véase el número 597.)

Antes de la llegada de los europeos, y particularmente de los misioneros ingleses, la sociedad taitiana se dividía en tres castas distintas, y sin duda la destrucción de esta gerarquía, complicada con la constitución de otra gerarquía, no fué extraña á la dificultad con que tropezaron los franceses cuando quisieron conducir á los taitianos por las vías de su civilización.

La primera de estas castas era la de los Arii, ó príncipes; la segunda la de los Raatira, ó pequeños jefes ó simplemente hacendados; y la tercera comprendía á los Manahuné, ó gentes del pueblo. En cuanto á los sacerdotes, ocupaban una categoría especial como en todas partes.

Los Arii eran personajes sagrados dotados de un poderío y de virtudes milagrosas. De este modo el alimento que ellos habían tocado venía á ser para todos un veneno mortal, exceptuando solamente á los que pertenecían á la misma casta. Entre estos Arii había un jefe de familia al que todos los demás estaban subordinados; era á menudo un niño, y casi siempre un hombre joven, pues así que un Arii tenía un hijo, entraba á ser el jefe legítimo, y el padre no obraba ya sino como regente. Una costumbre análoga reinaba entonces en todas las familias, y aun en el día el culto de la infancia ha resistido entre los taitianos á la pérdida de todas sus creencias.

Se cree que estos Arii eran los descendientes de los últimos conquistadores de las islas. En cuanto á los Raatira, fueron, según parece, los que subyugaron á los Arii. Sin embargo, como no es posible arrebatárselo todo á los vencidos, estos no quedaron enteramente confundidos en la multitud, y les dejaron una parte de la tierra, lo que les mantuvo por encima de aquellos que no poseían nada. No obstante, salvo la nobleza, jamás tuvieron otra cosa de común con los Arii.

La palabra *manahune* no tiene el sentido que damos en Europa á la de proletario. Es cierto que el manahune no poseía nada; pero habitaba la tierra del arii ó del raatira; construía una casa en los lugares que le designaban, gozaba con cortas excepciones del fruto de su trabajo, y tan rara vez se veía desposeído, como no fuese por los azares de la guerra, que ordinariamente transmitía su herencia á sus hijos y á sus nietos, con la única restricción de que no era mas que usufructuario; pero este usufructo no se acababa nunca en la misma familia; hasta la servidumbre era muy suave, y consistía únicamente en ciertos donativos.

La propiedad taitiana tiene además por caracteres particulares el ser hereditaria é indivisible entre los miembros de una misma familia; lo que no excluía la enajenación, á consecuencia de guerras, de dones voluntarios ó de confiscación, esto es, en casos que se presentaban muy poco, y que eran mas bien accidentes que costumbres. Los taitianos no tenían por hábito el cambiar ó vender las propiedades, y por esta razón los europeos, hasta en nuestros días, tienen mucho trabajo para hacer compras territoriales. El gobierno francés ha tomado sin embargo algunas medidas que han producido varias cesiones importantes de terrenos; pero mas escrupuloso que los ingleses en Nueva Zelandia, que obligaban á los maoris á que les vendieran sus tierras á razón de un chelin por acre, en vez de desposeerlos, prefirió esperar á que los taitianos saquen producto por sí mismos de sus propiedades. Esta conducta es muy laudable, sobre todo bajo el punto de vista moral, cuando se la compara con la que han adoptado los ingleses en sus colonias. Sin duda no precipita el cumplimiento de la obra de colonización; pero la asegura de una manera mas sólida quizá que si la impulsaran violentamente. De esto resulta que se han producido en la sociedad taitiana profundas y felices modificaciones sin sacudimientos y no sin frutos, y puede decirse que esta sociedad se eleva cada día aproximándose al nivel europeo.

No obstante, si la razón alcanza un triunfo en esta metamorfosis, muchas personas no ven sin sentimiento cómo se alteran los rasgos ligeros y graciosos del carácter taitiano, y se lamentan con el espectáculo de una transformación operada á costa de la ruina de todo aquello que lisonjeaba la imaginación en otros tiempos. Sobre todo en la mujer es donde les afligen los progresos civilizadores; pues en efecto la taitiana no es ya aquella sirena que figura en las primeras relaciones de los navegantes, y ya no se la ve, como en las épocas de los Wallis, los Bougainville y los Cook, arrojarle á nado en el agua serena de las bahías para salir al encuentro á los buques; las taitianas no son ya aquellas mujeres sencillas que reunidas por centenares, confeccionaban sus ligeros vestidos al son de los cantares y de los bailes.

En los risueños valles de sus verdes islas, cuyo recuerdo arranca un suspiro de sentimiento á todos los que las han habitado, parecía que en aquellos tiempos dichosos no habían penetrado jamás las preocupaciones y los dolores inherentes á la condición humana. Libre

como el pájaro en el aire, la joven no conocía ninguna autoridad en la familia, y disponía á su antojo de su persona. Si se casaba, el matrimonio no era á sus ojos sino una formalidad que á nada la obligaba, que no la quitaba nada de su libertad. Cuando se amaban un joven y una joven, partían juntos al monte, y al cabo de algunos días bajaban y se iban cada cual por su lado; si no se querían, ya no se conocían. « La constancia es aquí un fenómeno, escribía un viajero hace veinte años. Hay aquí europeos que han hecho esfuerzos y sacrificios para retener á las mujeres, y no lo han conseguido. » Apenas acababa de parir la joven madre, con la sonrisa en los labios corría á bañarse en el arroyo con su hijo; una leche abundante y pura acudía á su seno, y cuando la criatura exigía un alimento mas sustancioso, la nodriza no tenía mas que alargar la mano hacia los racimos de *fehiiis*, cuya pulpa amarilla, sabrosa y azucarada le ofrecía un manjar siempre pronto y de los mas adecuados. Luego la madre enseñaba á la hija á trabajar sin violencia, á elegir y preparar las cortezas de árbol con las cuales hacía el *tapa* de su vestido ó la estera de su lecho. Despues había frecuentes abluciones en la onda de los arroyos ó lecciones de natación en la bahía. Por las tardes, en torno de las chozas, se armaban bailes, juegos de pelota ú otros ejercicios de destreza á que era apasionada la juventud taitiana.

El empleo del día de una taitiana en las épocas de que hablamos era muy sencillo. Se levantaba muy temprano y se peinaba; luego iba á buscar flores para adornar su negra cabellera, y seguidamente corría á reunirse con sus amigas. Aun en la actualidad las taitianas no pueden estar solas un instante sin aburrirse. Muy temprano por la mañana despues de un almuerzo compuesto de pescado crudo ó cocido sin sal, pero mojado en el agua de mar, de frutos del árbol del pan, de cocos, de platanos, naranjas, etc., que estaban bien seguras de hallar en cualquiera choza, iban por grupos á visitar á las europeas, cuyas casas consideraban como propias. Estas mujeres alegres hasta lo sumo, pasaban así de habitación en habitación las horas que preceden á los fuertes calores del día. Cuando llegaba este instante se dispersaban, volvían á su choza ó se reunían en la casa de una de ellas para dormir la siesta. Por último, al bajar el calor iban á bañarse, y luego se juntaban otra vez para hablar y reír como por la mañana.

Es muy de notar su buena armonía; lo que una posee, dinero, artículos de tocador, etc., es de sus amigas. La envidia, esa enfermedad que emponzoña todas las relaciones del sexo femenino en las cuatro partes del mundo, es ignorada en Taiti. Una taitiana se envanece tanto con los triunfos de sus amigas como con los suyos propios.

Llegada la noche tenían su tertulia á la orilla del mar, y allí cantaban, pues las taitianas son muy aficionadas á la música; su oído es sumamente fino. Dice M. Cuzent, que la taitiana en su viveza de espíritu y su inteligencia no le cede en nada á las europeas, y como estas, se muestra á menudo superior al hombre en la constancia, la calma y resignación que despliega, tanto en los males físicos como en los morales. Lo que desde luego llama en ella la atención, es la belleza de formas, es la graciosa expresión de su fisonomía, su sonido de voz armonioso y simpático. Tienen bonitas manos, pero sus pies son muy feos. Lo que mas cuidan es su cabellera, su hermosa y larga cabellera de un negro de azabache. A cada instante del día se las ve trezándose y perfumándose el cabello.

No están muy lejanos los tiempos en que la taitiana, por todo vestido, se ceñía los riñones con un pedazo de tela de muchos colores y se presentaba con el pecho desnudo y pintarrajeado todo el cuerpo.

Los misioneros anglicanos han reformado esto, comenzando por la reina. Nada distinguía á Pomaré de las mujeres de su corte; vestía absolutamente del mismo modo y con las mismas telas de algodón que las taitianas mas vulgares. Los ingleses y M. Pritchard el primero, queriendo modificar este estado de cosas, intimidaron de tal manera á aquella buena princesa, que lograron transformarla en europea. Pomaré se vistió pues á la inglesa; el acceso de su cabaña antes abierta á todo el mundo se hizo difícil, y sus súbditos no se acercaron á ella sino con humildad, y retirándose sin volver la espalda cuando dejaban su presencia. Por esto en cuanto sabía no la observaban, la pobre reina corría á una choza que poseía á corta distancia de Papehiti, donde en compañía de una numerosa corte de princesas, damas de honor, jefes y muchos europeos, recobraba durante algunas horas la vida feliz de los pasados tiempos.

Las taitianas usan en el día largos vestidos flotantes de muselina con dibujos, de batista, de seda, de raso ó de indiana con colores vistosos. Un ancho pañuelo de seda, también muy chillón, cubre sus hombros atado al cuello; á veces se le ponen en la cabeza para resguardarse de los rayos del sol. Su tocado se compone en general de un sombrero de paja guarnecido con un velito negro y adornado con una pluma del mismo color. Llevan el cabello suelto ó separado en dos trenzas largas y voluminosas rematadas con lazos de cinta negra é impregnadas de rosa, jazmin, violeta, etc., esencias que las inspiran una verdadera pasión.

Muchas taitianas están hoy casadas con europeos, á quienes aman y respetan como harían las europeas, si no mas. Los maridos no se quejan, y al contrario están muy satisfechos de sus esposas, entre las cuales se cuentan algunas que son muy instruidas. Deben fomentarse estos enlaces, que representan á nuestro juicio un gran hecho social: la unión de dos razas menos diversas de

lo que se cree, y que en Taiti se hallan destinadas á no formar mas que una, en un porvenir mas ó menos próximo.

S. R.

Aureliano.

PRIMERA PARTE.

ESCENAS HISTORICAS DEL SIGLO V.

(Continuacion.)

Y ahora está entregada y enteramente ocupada por hombres medio salvajes que rechazan la civilización y la urbanidad como una baja y enervante hipocresía; detestan los refinamientos del arte como frivolidades corruptoras; sus paredes retiemblan con los duros acentos de una lengua grosera; sus mesas están cubiertas con viandas de caballo cocido; sus convidados sedientos llenan su cuerpo con cerveza mezclada con sangre, beben en honor de divinidades feroces, y se desean mutuamente una muerte sangrienta sobre millares de cadáveres... Ayer era el punto mas elevado que el desarrollo del espíritu humano y la perfección de la vida social podía alcanzar; hoy una nueva humanidad empieza en él la eterna obra del progreso... Tal vez cuando despues de una febril y secular transformación hayan llegado estos bárbaros tan lejos como sus predecesores, sucumban á su vez al exceso de una civilización refinada y corrompida, y harán lugar á nuevos experimentadores.

Clodoveo se paseaba á lo largo y ancho del salón del consejo, flotando en sus labios una radiante sonrisa y dirigiendo sus miradas á las riquezas que le rodeaban, y á los artesonados dorados y los frescos de brillantes colores con que el lujo de los romanos había decorado el palacio.

Aureliano entreabrió el tapiz de seda que cubría la entrada del salón, entró, y acercándose á Clodoveo, le dijo:

— Clodoveo, mi señor, cerca de vos hay uno que os pide un instante de audiencia.

— ¿El obispo de Soissons quizá?

— No, el obispo de Reims.

— ¿Nuestro buen Remi?

— El mismo.

— Apresúrate, no le quiero hacer esperar.

Aureliano volvió en seguida con el prelado anunciando, y dejó acto continuo el salón.

El obispo de Reims entró. Era este un bello sugeto, cuya noble fisonomía demostraba la calma de la prudencia y la elevación de la inteligencia; porque aun cuando su rostro anunciaba la paz y bondad del corazón, sus ojos, vivos y penetrantes, revelaban su alma resuelta y enérgica (1).

Clodoveo simpatizó con él desde que le vió, y saliendo á su encuentro le condujo á un sillón, y sentándose á su lado le dijo:

— Me alegro mucho ver al hombre de quien hablan los galos con tanto respeto. Os doy gracias, Remi, por vuestros buenos consejos y por el auxilio que nos habeis prestado sin conocerme. Estad seguro de que me consideraría muy dichoso en complaceros.

— Solo para hacerlos una petición he dejado á Reims, Clodoveo, mi señor, respondió el obispo.

— ¡Ah, tanto mejor! replicó Clodoveo con júbilo. Hablad, y vuestro deseo se satisfará al instante.

— Hé aquí de lo que se trata. Un gran destacamento de vuestras gentes, mandado por un *edeling*, ha venido á Reims y ha devastado las viviendas de todos los patricios (2) y de todos los funcionarios. Y no contentos con esto, algunos de ellos han entrado en mi iglesia y quieren también saquearla. Yo me he opuesto á ello y he invocado vuestro nombre. Se han marchado llevándose un solo vaso; pero ese vaso era lo mas precioso que poseía mi iglesia. El ha servido durante muchos años para las solemnidades cristianas; pero lo que le hace mas sagrado para nosotros es, que en él ha reposado lo que mas veneramos en cielo y tierra. Ese vaso se halla en el *Forum*, delante de vuestro palacio, entre el botín... Y os suplico, señor Clodoveo, aun cuando sea este el único favor que me concedais, me restituysis ese vaso.

El jefe franco permaneció por un instante en silencio, y su fisonomía tomó una expresión que parecía indicar cuánto le contrariaba aquella súplica.

— Desgracia es, dijo al fin, que la primera demanda que me habeis sea quizá la única que me sea imposible otorgaros.

— ¿No sois el señor, y no deben obedecerse vuestras órdenes, Clodoveo, señor mío?

— La federación franca se rige por leyes, señor Remi, á las que el jefe supremo está sometido como el último de los guerreros. Y entre todas las disposiciones de estas leyes no hay punto mas sagrado ni mas riguroso, que el que garantiza á cada uno la equitativa partición del botín. Fijad bien en esto vuestra atención, Remi, señor mío; todo guerrero está obligado á entre-

(1) San Remi era un obispo dotado de la mas alta sabiduría, muy experto en la retórica, y tan famoso por la santidad de su vida, que se le comparaba en virtud á san Silvestre. (Greg. de Tours, libro II, capítulo XXXI.)

(2) Los patricios (*patricii*) entre los romanos, se distinguían por sus grandes riquezas.

gar lo que ha conquistado; el que se reservara una sola moneda ó el objeto mas minimo, seria muerto como ladrón por sus compañeros, ó al menos desterrado de la federacion franca con eterno deshonor. El guerrero que ha arrebatado de vuestra iglesia ese vaso precioso, tal vez verá que le cabe en suerte un pedazo de tela sin valor alguno, mientras que uno de sus compañeros, mas afortunado que él, obtendrá el vaso. La convicción profunda de que todos son iguales ante la ley, puede únicamente asegurar la lealtad de todos, y si yo intentara violar esta igualdad en favor vuestro, veriais á los *edelingen* y guerreros sublevarse contra mí.

— Gran pesar es para mí dejar ese vaso en manos de hombres que no son cristianos, dijo el obispo lanzando un doloroso suspiro, y yo he venido á vos, señor Clodoveo, no con la esperanza, sino con la certeza de que hariais me le restituyesen. Ese objeto tiene sin duda un gran valor, pero no es el venal el que dicta mi resolución. Ese vaso está consagrado al Dios de los cristianos, y ha servido en el altar para el mas elevado de los sacrificios. Vos me habeis prometido por mediación de Aureliano, que aunque servidor de Odin, dejariais á los cristianos en libertad de practicar su religion, y que respetarais su fe. ¡Pues bien! señor, yo vengo á pedir una prueba de que quereis y podeis sostener vuestra promesa.

— Tengo un verdadero sentimiento, señor Remí, en no poder dar esa prueba, respondió Clodoveo. Si soy dueño de hacer lo que me plazca con los galos, no estoy en ese caso con mis valientes compañeros los francos. No os apesureis tanto, Remí; el que quiere tener frutos maduros, debe no tocar al árbol hasta el otoño. ¿Me comprendéis?...

— Os comprendo muy bien, señor Clodoveo, y hablais cuerdate, dijo el obispo resignado. Por lo tanto, ¿no hay esperanza de recobrar el vaso?

— Solo una: acompañadme á la plaza donde se distribuirá el botín al medio día, y si la suerte me concede el vaso, os le daré.

— Es una esperanza bien débil por cierto, dijo el obispo, pero si no hay otra me someto con paciencia á la necesidad, por profunda que sea mi tristeza.

Clodoveo bajó los ojos y reflexionó por un momento; luego alzó la cabeza, tomó la mano del obispo, y dijo con tono resuelto:

— Remí, vos me habeis ayudado en mi expedición, y quiero probaros que soy agradecido á los servicios que me habeis prestado. El vaso estará en vuestro poder hoy al medio día. Pero para lograrlo me impongo un sacrificio, cuyo valor no podeis comprender. Suplicaré á mis guerreros me concedan el vaso, y creo no me lo nieguen... Pero esto me cuesta mucho, y me humillo mas aun teniendo que pedir á mis compañeros una cosa que algunos de ellos me otorgarán muy contra su voluntad.

— Si esa tentativa os es muy molesta, señor Clodoveo, os pido renunciéis á ella. Yo veré si puedo reunir bastante dinero para comprar el vaso al que le toque.

— No, recibireis el vaso de mis manos hoy mismo, contestó Clodoveo. Os lo he dicho, y lo que mi boca ha proferido, mi voluntad lo ejecutará infaliblemente. Por lo tanto no hablemos mas de este asunto.

Clodoveo se levantó, y adelantándose hacia el fondo de la sala, dijo:

— Remí, quiero hablaros confidencialmente, y vamos á sentarnos allá abajo, cerca de la ventana.

Cuando estuvieron sentados lejos de la puerta de entrada, continuó Clodoveo:

— Señor Remí, se reputa muy grande vuestra sabiduría, la influencia que ejercéis en la población gala es ilimitada, y antes de dejar esta ciudad con mis guerreros para echar á los romanos de las demás partes de la Galia, querria que me aconsejáseis para mis nuevas conquistas una organizacion conveniente. Ya conoceis mis designios hacia mi amigo Aureliano.

— Me considero muy afortunado, señor, replicó el obispo, en que os digneis consultarme acerca de un punto tan importante, y yo mismo tenia intención de hablaros de él antes de partir de aquí. Permitidme que os haga algunas preguntas. Los francos acostumbran entregarse al pillaje cuando vuelven cargados de botín á sus acantonamientos de Bélgica. Vos tenéis un designio mas; ¿quereis fundar un reino durable en la Galia sometida, que se apoye no solo en la superioridad de los francos, sino en la satisfacción de los galos?

— Ciertamente.

— Aunque sois servidor de los dioses del Norte, consentis en dejar en paz á los cristianos y no poner trabas al culto de su Dios?

— Yo los dejaré plena libertad, y cada cual podrá adorar á sus dioses como quiera.

— ¿Los protegeréis contra las persecuciones y los lazos de los arrianos, y sobre todo contra los borgoñones?

— Los protegeré, porque como su soberano, soy su natural defensor, segun es el espíritu de la misma ley franca.

— ¿No recurriréis á medios violentos para obligar á los cristianos á servir á vuestros dioses?

— ¡Eso es imposible! dijo Clodoveo sonriendo. ¡Nuestros ases solo quieren ser adorados por germanos! son los dioses de nuestra raza, y no del pueblo de cabellos negros.

— Ya lo sabia yo por Aureliano, dijo el obispo; pero deseaba tambien oírlo de vuestra boca, señor Clodoveo. Seguro de vuestra buena voluntad y de vuestras leales intenciones hacia mi Dios y mis compatriotas, puedo ya dar pábulo al deseo de serviros que hace tiempo alimen-

ta mi corazón, y al mismo tiempo que trabaje en vuestra elevación, velaré por la felicidad de los galos, tan rudamente combatida. Hé aquí lo que os aconsejo, señor Clodoveo... La gran cuestión que se presenta es la fusión pacífica, ó al menos el establecimiento mutuo de dos pueblos que difieren completamente en religion, lengua, leyes, costumbres y aun derechos. La duración del reino que quereis fundar depende de las condiciones mas ó menos convenientes en que coloquéis á estos dos brazos de vuestro pueblo. Sé que los francos, á título de vencedores, reclamarán una buena parte de las tierras galas, y para satisfacerlos hay de sobra. Los romanos han aniquilado de tal modo á nuestra desgraciada patria, que las propiedades mas hermosas han caído en manos de los colectores del imperio, y casi todas las alquerías pertenecen al fisco. Todas esas tierras, villas, selvas y granjas carecen de propietario, y debéis enviar emisarios que sean de Soissons, que son los que saben el latin, y haced que formen un inventario de esas propiedades, y que tomen posesion de ellas en nombre vuestro. Divididas entre vuestros *edelingen* y guerreros, y se crearán suficientemente recompensados. Y si estos bienes del imperio no fueran suficientes en las comarcas ya conquistadas, encontrareis infinitamente mas, á medida que extendais vuestras conquistas hacia el Mediodía.

— El consejo es bueno y me prueba vuestra capacidad y recto juicio, Remí, señor mio, dijo Clodoveo; pero si cedo esos bienes del imperio, ¿dónde encontraré recursos para sostener el número de leudes necesario para la defensa de un reino tan extenso, y aun para hacer respetar mi autoridad á los galos en caso necesario?

— Eso no ofrece dificultad. Preciso es aprovecharse de lo bueno que hay en las instituciones romanas y sostenerlo. En la Galia no hay nadie que no pague impuestos y tasas al imperio bajo mil formas y pretextos. Y si la rapacidad de los perceptores y la elevada cifra de las contribuciones han inspirado á los galos un odio profundo hacia los romanos, vos no debeis imitar su insaciable avaricia; pero si debeis conservar un impuesto de capitación, y aun cuando no sea mas que la cuarta parte de lo que exigian los romanos, adquirireis bastante oro anualmente para tener los recursos suficientes para cubrir los gastos de sostenimiento de las fuerzas militares que convengan á la dignidad real, y tener el lujo y liberalidad anejos al título de rey. Para que vuestras rentas se cobren regularmente y aumenten vuestro tesoro, es necesario que empleéis galos; porque vuestros francos son soldados heroicos, y cuando se trata del empleo de la maza ó de la fuerza del brazo, son los primeros del mundo; pero son incapaces de gobernar y arreglar los negocios para la percepción de los impuestos. ¿Cómo podrian llevar las complicadas cuentas de las deudas de todo un pais, cuando no saben ni aun leer ni escribir?

— Teneis razon; pero vuestros consejos serán difíciles si no imposibles de llevarse á cabo, por buenos que sean. Mis guerreros no sufrirían que se entregase la autoridad á los galos.

— Pues bien; dad á vuestros *edelingen* y leudes una autoridad nominal: que ellos manden: que tengan aparentemente ó de hecho, la vigilancia sobre los pueblos y ciudades; pero que las órdenes se ejecuten por los galos. De otro modo no puede hacerse, y esto os proporciona al mismo tiempo el medio de que los habitantes

del pais no tengan la penosa idea de haber mudado de esclavitud.

— No conoceis á los francos, dijo Clodoveo meneando la cabeza. A la menor sospecha que tuvieran de que se les querian arrebatarse los derechos de conquista, se sublevarian contra mí y me abandonarían para volverse á Bélgica.

— Conozco bien á los francos, replicó el obispo. Hace ya muchos años que estaba convencido de que ellos ó los borgoñones conquistarían este pais, y por lo tanto no he descuidado el conocimiento profundo de ambos pueblos; hasta tal punto, que me he familiarizado con vuestra lengua, y puedo sin dificultad conversar con vuestros leudes, habiendo nacido de este conocimiento mi predilección por la heroica raza franca.

— Si conoceis el caracter de mis compañeros, reconocereis tambien cuán difícil será seguir vuestro dictamen.

— No; con paciencia se consigue todo; el tiempo hace llano y compacto lo que era rudo y desigual. En los primeros tiempos debeis evitar con particular cuidado cuanto pueda herir la susceptibilidad de vuestros guerreros, y aun resignaros á callar y condescender en los casos en que vuestro orgullo personal se rebelase contra la paciencia que impone el peso de una corona. Dejad sus leyes á los francos, y como franco las respetareis vos mismo; dejad á los galos sus instituciones municipales, y como soberano de la Galia, hacedlas observar tambien. Y si la ejecución de semejante designio os ofrece dificultades positivas, proceded lentamente, pero con una firme voluntad y una paciencia que nada deje que desear. Nosotros, cristianos y galos, nos consolaremos de las violencias é injusticias que se puedan cometer con nosotros, en la seguridad de que el jefe de los francos alimenta en su seno buenas intenciones respecto á nosotros, pues nos servirá de consuelo saber que la mezcla de la sangre germánica con la gala dará á nuestro carácter la energia franca y resuelta que nos ha hecho perder el ejemplo secular de la corrupción de Roma.

Clodoveo escuchaba con viva atención las palabras del obispo, cuyo lenguaje grave y mesurado, pero expresivo, le agradaba mucho.

— Remí, sois no solo un hombre sabio, sino un hombre leal y bueno, y cuento con vos para poner en práctica vuestros consejos.

— Todos los obispos de la Galia os apoyarán como yo, Clodoveo, mi señor, replicó Remí. En la desorganización de la autoridad, que ha tenido lugar en estos últimos años, casi en todas partes el poder municipal ha estado en manos de los obispos. Respetad la religion cristiana, y con solo esto os atraeréis á los obispos, y con ellos á todo el pueblo galo... Dos palabras aun para terminar. No podeis dejar inmediatamente á Soissons para continuar la guerra, señor. Necesitais permanecer aquí algunas semanas por lo menos, para que empezando por instalarlos regularmente, sentéis la primera piedra de los cimientos de vuestro reino y garanticeis vuestro derecho de propiedad de cualquier reclamación ulterior. Haced que se invite por medio de emisarios á los jefes de las ciudades del Norte de la Galia para que vengan aquí y les confirmeis su posesion, á fin de que sepan y reconozcan que su poder emana de vos. A consecuencia de esto, estoy seguro que vendrán de otras ciudades sus diputados á someterse á vos, y á traer os con gozo el tributo que debian pagar á los romanos. Apenas se ha sabido en Beauvais vuestra victoria sobre ellos, el pueblo se ha precipitado á las iglesias á dar gracias á Dios con himnos de reconocimiento, y pasando luego al *Forum* hizo resonar los aires con gritos entusiastas de: ¡Viva el rey de la Galia!

— ¡Rey de Galia! murmuró Clodoveo profundamente preocupado. Si yo me nombrase rey de Galia, ¿no dejaría de ser jefe de los francos? ¡Oh! este nombre excitaria la cólera de mis guerreros y lo tomarian como un sangriento ultraje. ¿Renegaría yo así de mi raza para calificarme á mí mismo soberano de los galos?

— Nosotros no conocemos jefe supremo. Bien sé que el título de rey no agradaría á vuestros guerreros; pero para con ellos no teniais necesidad de tomarle ahora. Nosotros, como galos, queremos tener un príncipe, un rey, para que el trono nos sirva de garantía de reposo y estabilidad, y buscaremos ocasion de proclamarnos rey solemnemente; si los francos quieren continuar llamándose su jefe supremo, son libres de hacerlo; pero el tiempo les hará olvidar esa calificación.

— No es eso lo que me detiene; yo tambien quiero ser rey como el príncipe de los borgoñones; pero deseo llamarme rey de los francos.

— Eso no sería conveniente, Clodoveo, mi señor, y disgustaría seguramente á los habitantes de Galia. El rey de los francos podría marcharse y abandonar nuestro pais, si su pueblo lo decidía así, y si se queda aquí, es solo rey de los vencedores, careciendo los vencidos de príncipe.

— Es verdad, dijo Clodoveo. ¿Pues qué nombre debo tomar?

— El nombre debería estar en relacion directa, no con un pueblo, sino con el suelo que forma el reino... y sin embargo, comprendo que es preciso respetar el voto de los francos.

Después de haber reflexionado un instante con la cabeza apoyada en una mano, continuó el obispo:

— Me ocurre una idea que puede conciliar todos los extremos. Daos á vos mismo el título de *rey de Francia*. Esta palabra encierra el nombre de vuestra raza, y al mismo tiempo la idea del suelo que la comprende; porque como ningún pais lleva el nombre de Francia, este reino nunca podrá buscarse sino en esta parte de la Ga-

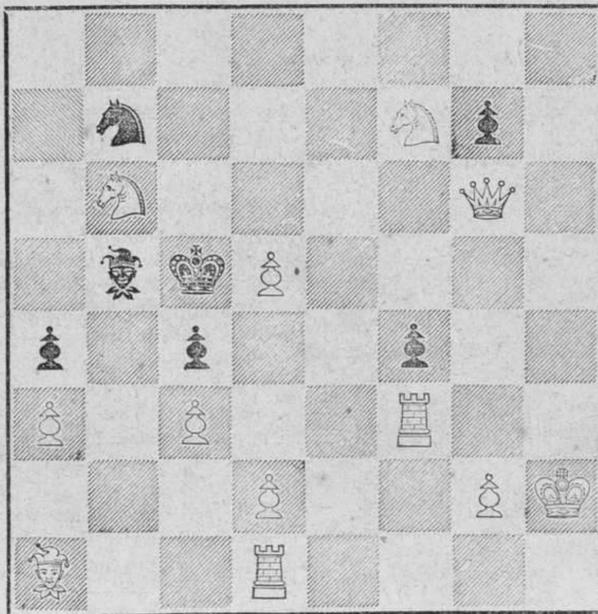
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 116

- 1 A 6ª R jaque doble R 4ª CRª
- 2 Ra 4ª ARª jaque C come Rª
- 3 A 7ª Ra jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 117, POR M. F. HEALEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

lia, cuya posesion teneis por el valor heróico de vuestros hombres y el poder de vuestra propia espada.

— ¡Es una idea muy juiciosa! exclamó Clodoveo con alegría. ¡Rey de Francia!... Así será.

En el mismo momento entró Aureliano en el salon, y anunció á Clodoveo que el gran sacrificador Ramoldo le suplicaba se trasladase á la plaza, pues era la hora de proceder al reparto del botin por medio de la suerte.

— ¡Acompañadme, Remi! dijo Clodoveo al obispo: pondré el vaso en vuestras manos.

(Se continuará.)

La regencia de Túnez.

La formidable rebelion que ha estallado en Túnez nos ha inducido á publicar el mapa de la regencia que damos en esta pagina.

¿Cuál es el origen de esta rebelion? ¿Es uno de esos accesos de furor que de tiempo en tiempo levantan contra los progresos de la civilizacion al viejo partido musulman, ó no es mas que un asunto puramente local?

Segun ciertas versiones, el pretexto de la insurreccion seria un aumento en los impuestos; pero otros pretenden que tiene por objeto obligar al gobierno á anular la Constitucion tan liberal otorgada recientemente por S. A. el bey Sidi-Mohammed. Esta última opinion nos parece la mas verídica, pues si las poblaciones tunecinas del litoral que se hallan en contacto con los europeos están á punto para disfrutar de la libertad politica, no sucede lo mismo con los pueblos bárbaros y fanáticos del interior, y por lo tanto no es extraño rechacen principios cuya negacion representa el Alcoran. Lo que acaba de acreditar esta hipótesis, es que se ha reducido el impuesto sin que

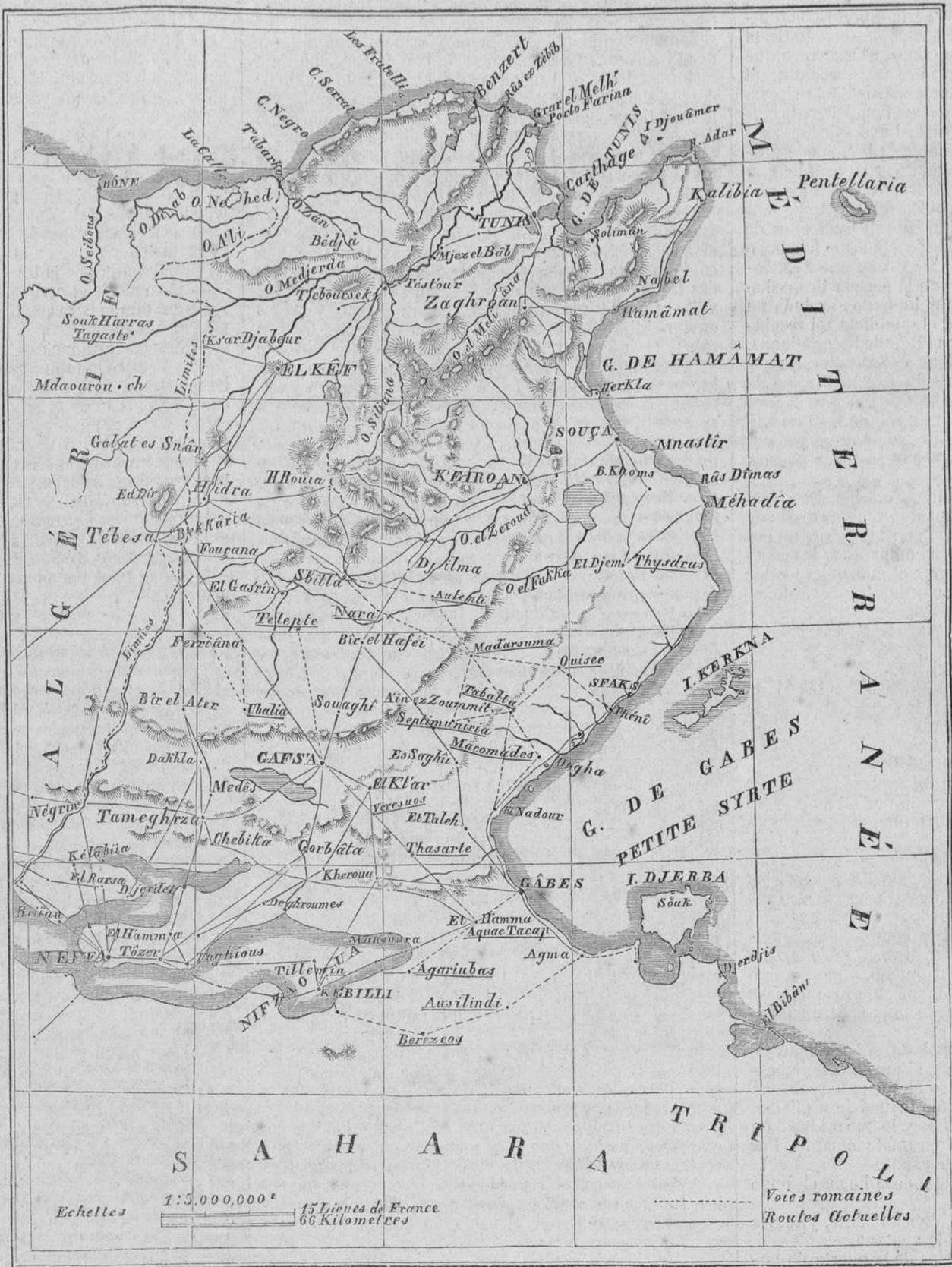
por eso haya cesado la rebelion.

De todos modos, este acontecimiento ha causado en Europa un disgusto general, pues hace tiempo se veian con placer los progresos de la regencia. De todos los Estados musulmanes, si se exceptúa el Egipto, ninguno ha tenido mejores gobernantes. Uno de ellos, Hamudah-baja, que dirigió los negocios de la regencia durante treinta y dos años (hasta 1854), fué seguramente un hombre de mérito.

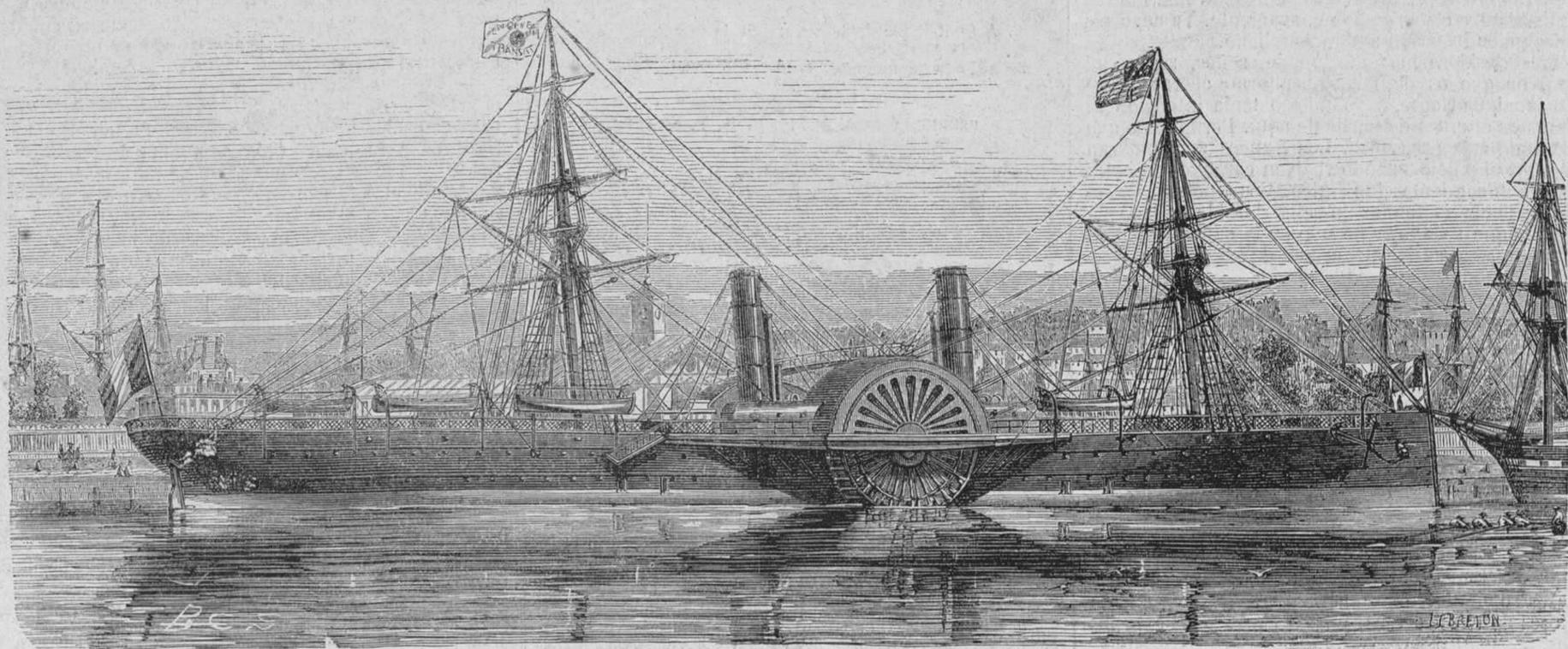
Mahmud, Husseim-bey, Ackmed-bey, Sidi-Mohammed, Sidi-Mohammed-el-Sadok-bey, sus sucesores, deben ocupar uno de los mejores puestos al lado de los hombres de Estado mas distinguidos de la Europa moderna.

Muy largo seria enumerar los actos de los príncipes de Túnez desde el principio de este siglo; y asi nos limitaremos á decir que desde luego hubieron de comprender que debian buscar en el Occidente la verdadera civilizacion; y con efecto, despues de haberse libertado del yugo de la Turquía, llamaron á nuestros sabios, á nuestros letrados y á nuestros comerciantes, y gracias á estos la regencia, aunque sin perder sus usos y costumbres, se elevó rápidamente á un nivel de prosperidad que pocos países musulmanes han alcanzado desde que el cristianismo sustituyó su influencia á la del islamismo, que durante tanto tiempo estuvo en posesion de las márgenes del Mediterraneo.

En el momento mismo en que la regencia de Túnez, creciendo y elevándose, iba á ocupar el puesto que se habia preparado entre las naciones mas adelantadas, ha estallado la insurreccion. Quiera Dios que pueda el bey sofocarla, para que continúe despues por el camino tan brillantemente abierto por sus predecesores, y seguido siempre por él desde su advenimiento. P. P.



Mapa de la regencia de Túnez.



El Washington, vapor de la Compañía trasatlántica en la dársena del Eure, en el Havre. — (Véase la página 406.)

INDICE DE LAS MATERIAS

DEL TOMO VIGÉSIMOTERCERO.

	Págs.		Págs.		Págs.
Número 573.					
Mas pormenores sobre la cuestion del Sleswig-Holstein (grabado)	1	Tananarive (grabados)	67	Paris y Londres en 1793.	138
Un duelo de M. de Lamartine en Florencia.	2	Revista de Paris.	70	Incendio de la iglesia de la Compañía en Santiago de Chile (grabado)	139
Datos estadísticos comparativos de Madrid, Paris y Londres.	3	Poesía.	71	Chipre y Pafos (grabados)	142
Sucesos de América (grabados)	id.	Los buques acorazados y los nuevos cañones en Francia y en Inglaterra (grabados)	id.	El corredor de playa.	id.
Revista de Paris (grabados)	6	Paris y Londres en 1793.	74	Problemas de ajedrez (grabado)	144
Propiedad literaria.	id.	Reedificacion de la ciudad de Brusa (grabado)	75	Platillo de un jarro italiano del siglo XVI (grabado)	id.
La Birmania (grabados)	7	Birmania (grabados)	76	Número 582.	
Paris y Londres en 1793.	10	Un amor inalterable.	78	Banquete del istmo de Suez (grabado)	145
Inauguracion de las obras del lago Platten en Sisfok (grabados)	11	Revista de la moda.	79	El Hombre-cuestion.	146
Batida de jabalíes en la Champaña (grabado)	14	Beethoven (grabado)	80	Las mujeres de nuestro siglo.	id.
Revista de la moda.	id.	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Expedicion al interior de Méjico (grabados)	147
El conde de Gracia (grabado)	15	Número 578.		Revista de Paris.	150
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Sucesos de Alemania (grabado)	81	Reseña histórica del templo de la Compañía en Santiago de Chile.	id.
Bendicion de la corbeta escuela de los pupilos de la marina en Brest (grabado)	16	Crítica literaria.	82	Sleswig-Holstein (grabados)	152
Número 574.					
Llegada del mariscal Forey á Saint-Nazaire (grabados)	18	Calor de los corazones.	83	Paris y Londres en 1793.	154
Relaciones políticas y económicas de la Alemania con los Estados del Plata.	id.	Una visita á Numancia.	id.	Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas (grabados)	156
Viaje á Oporto del rey y la reina de Portugal (grabado)	19	Entrega del birrete al cardenal arzobispo de Ruan (grabado)	id.	El corredor de playa.	158
Visita del rey de los helenos al navío almirante inglés en el Pireo (grabado)	20	Manifestacion en favor del duque Federico de Augustenburgo en Altona (grabado)	84	Revista de la moda.	159
Supersticiones druídicas en la Baja Normandía (grabado)	id.	Revista de Paris.	86	Problemas de ajedrez (grabado)	id.
Inauguracion de la fábrica del gas en Nápoles (grabado)	22	El censo de la poblacion de España.	id.	La duquesa de Parma (grabado)	id.
Revista de Paris.	id.	La Birmania (grabados)	87	Incendio de la iglesia de la Compañía en Santiago de Chile (grabado)	160
El espectáculo de las carreras.	id.	Paris y Londres en 1793.	90	Accidente en el ferro-carril del Norte cerca de Arras (grabado)	id.
Exposicion de bellas artes aplicadas á la industria (grabado)	23	Teatro de la Opera Cómica de Paris (grabado)	92	Número 583.	
Los baños de Balaruc (grabados)	id.	Oracion fúnebre del Carnaval (grabado)	93	Inauguracion del muelle de Huacho (grabado)	161
Fiestas de Navidad (grabado)	24	Un amor inalterable.	94	Recuerdos de un viajero.	162
Paris y Londres en 1793.	26	Problemas de ajedrez (grabado)	95	Sociedad de aclimatacion.	163
Los enfermeros voluntarios (grabado)	27	Chipre y Pafos (grabados)	id.	A su retrato.	id.
Mapa de los ducados del Schleswig-Holstein (grabado)	29	Número 579.		Expedicion á Méjico (grabados)	164
El trapo viejo (grabado)	30	M. Berryer. M. Thiers (grabados)	97	Revista de Paris.	165
Una visita á la Malmaison.	id.	El llanto.	98	Las mujeres de nuestro siglo.	166
La fiesta del dia de Reyes en Paris (grabados)	32	El trabajo.	id.	Incendio del museo de Rotterdam (grabado)	168
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Invenccion notable.	99	Coleccion burlesca de tipos militares (grabados)	id.
Número 575.					
Las tropas danesas acampadas en las fronteras del Holstein (grabado)	33	Expedicion á Méjico (grabados)	101	Ejército dinamarqués (grabado)	169
Nuestra Señora de Loreto.	id.	Medalla del cuerpo expedicionario de Méjico (grabado)	102	Ejército prusiano (grabados)	id.
Sir John Lawrence (grabado)	36	Revista de Paris.	id.	Paris y Londres en 1793.	170
Sucesos de Polonia (grabados)	id.	Porqué no soy feliz.	103	Baile de trajes de la media cuaresma (grabados)	172
Revista de Paris.	38	El censo de la poblacion de España.	id.	El corredor de playa.	174
A Bellini.	id.	Correspondencia de Cochinchina (grabados)	id.	Revista de la moda.	175
La diosa Garganta.	39	Paris y Londres en 1793.	106	Un baile en Varsovia (grabado)	176
Las fiestas de la circuncision en Turquía (grabados)	id.	El carnaval de 1864 (grabado)	108	Problemas de ajedrez (grabado)	id.
Paris y Londres en 1793.	41	Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas (grabados)	id.	Número 584.	
La Birmania (grabados)	43	Un amor inalterable.	110	Sucesos de Alemania (grabado)	178
La comedia casera en Paris (grabados)	44	Revista de la moda.	111	Apuntes para escribir la Historia de la literatura española en los siglos XVIII y XIX.	id.
Un amor inalterable.	46	Problemas de ajedrez (grabado)	112	La mar.	179
Revista de la moda.	47	Exequias del almirante Hamelin (grabado)	id.	El Domingo de Ramos (grabado)	id.
De la prolongacion de la vida humana por medio del café. Harding (grabados)	48	Número 580.		Accion de caballería al frente de Kolding (grabado)	180
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Sucesos de Dinamarca (grabado)	113	Revista de Paris.	182
Número 576.					
W. M. Thackeray (grabado)	49	Revista española.	114	Las mujeres de nuestro siglo.	183
Revista española.	50	Vista de la ciudad de Rendsborg (grabado)	116	Los hermanos Schlagintweit y su viaje á la India (grabados)	id.
La isla de Alsen (grabados)	54	Ciencias.	id.	Paris y Londres en 1793.	186
Exequias del rey Federico VII (grabados)	55	Las tropas austriacas pasando el Elba (grabado)	117	Carreras de caballos de aldeanos en Schleithal (grabado)	187
Revista de Paris.	id.	Incendio de la iglesia de la Compañía en Santiago de Chile.	118	Ejército austriaco (grabado)	189
Nuestra Señora de Loreto.	56	Revista de Paris.	id.	Ejército federal (grabados)	id.
Academia imperial de música (grabados)	id.	En la inauguracion de la estatua de Murillo.	id.	El corredor de playa.	190
Paris y Londres en 1793.	58	La seguridad en la navegacion.	119	Primeras carreras de la Marche en 1864 (grabado)	192
Actualidades, por Cham (grabados)	60	Los negros del ejército federal (grabados)	122	Problemas de ajedrez (grabado)	id.
El gamo y el ciervo (grabados)	61	Paris y Londres en 1793.	id.	M. Pietri (grabado)	id.
Un amor inalterable.	62	Los hermanos Schlagintweit y su viaje á la India (grabados)	123	Número 585.	
Paul Julien (grabado)	63	El corredor de playa.	126	Recepcion del archiduque Maximiliano y la archiduquesa Carlota en el palacio de Tullerías (grabado)	193
Los wagoes de los ferro-carriles calentados por el aire caliente (grabados)	id.	Problemas de ajedrez (grabado)	128	Revista española.	194
Problemas de ajedrez (grabado)	64	Baile en Marsella (grabado)	id.	Llegada del mariscal Forey á Lila (grabado)	197
Número 577.					
Expedicion á Méjico (grabados)	65	Número 581.		Sucesos de Dinamarca (grabados)	198
Los teatros de Madrid en 1863.	66	Sucesos de Alemania (grabado)	129	Revista de Paris.	id.
		Las mujeres de nuestro siglo.	130	Las mujeres de nuestro siglo.	199
		Salida del príncipe Federico Carlos para el ejército de los ducados (grabado)	132	Fiestas en Pisa en honor de Galileo (grabados)	200
		Las tropas austriacas de tránsito por Berlin (grabado)	id.	Paris y Londres en 1793.	202
		Expedicion á Méjico (grabados)	134	Pasion y muerte de Jesus.	203
		Revista de Paris.	id.	La Primavera (grabado)	205
		El olvido.	135	Procesion del viérnes santo en Sevilla (grabado)	206
		Soneto.	id.	El corredor de playa.	id.
		El Hombre-cuestion (grabado)	id.		
		Carreras en el Cairo (grabado)	136		
		El conde de Flahault de la Billarderie (grabado)	id.		
		La cañonera Kenney botada al agua en Ningpo (grabado)	137		

INDICE.

	Págs.		Págs.		Págs.
Viaje de las campanas á Roma el dia de juéves santo (grabado)	207	Apuntes para escribir la Historia de la literatura española en los siglos XVIII y XIX	274	Aureliano	346
Problemas de ajedrez (grabado)	208	Descubrimientos modernos	275	Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas (grabados)	348
Número 586.					
Noticia biográfica del archiduque Maximiliano (grabado)	209	Sucesos de Dinamarca (grabados)	276	Revista de la moda	350
Literatura. Ideas sueltas	210	Actualidades, por Cham (grabados)	277	Antonino Ragadini	id.
La conversacion	211	Revista de Paris	278	La cervecería real de Munich (grabado)	352
La archiduquesa Carlota (grabado)	212	Diálogos familiares	id.	Número 595.	
Comitiva del archiduque Maximiliano y de la archiduquesa Carlota (grabado)	id.	La Confederacion germánica (grabado)	282	Llegada de Maximiliano I á Gibraltar (grabado)	353
Expedicion á Méjico (grabados)	214	Paris y Lóndres en 1793	id.	Las hijas de la mar	id.
Revista de Paris	id.	Cochinchina (grabados)	284	La lluvia	354
Predicciones fatídicas	215	El corredor de playa	286	Recuerdos de Vizcaya	355
Paris y Lóndres en 1793	id.	La cuna vacía	287	Fiesta infantil en Tullerías (grabados)	356
Sucesos de Dinamarca (grabados)	216	Revista de la moda	id.	Sucesos de Argelia (grabados)	357
Los hermanos Schlagintweit y su viaje á la India (grabados)	219	Un retrato auténtico de W. Shakespeare (grabado)	288	Revista de Paris	358
El corredor de playa	222	El ponton-faro de Rochebonne (grabado)	id.	Oda	id.
Revista de la moda	223	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	El mercado de caballos de Stuttgart (grabados)	359
La quinta de 1864 en Francia (grabado)	224	Número 591.			
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	La aceptacion de la corona de Méjico en Miramar (grabado)	289	La Guyana y la trasportacion (grabados)	id.
Número 587.					
Erupcion del volcan de la isla de la Reunion (grabado)	225	Estudios literarios	290	Aureliano	362
El señor García Gutierrez y su última obra	226	Diálogos familiares	291	Exposicion de 1864 (grabados)	363
De Jesucristo y su vida	227	El emperador Maximiliano pasando á bordo de la <i>Themis</i> (grabado)	292	Colocacion de la primera piedra de la nueva iglesia de San Dionisio (grabado)	366
El Descendimiento (grabado)	228	Chenonceaux y Amboise (grabados)	293	Inauguracion de la iglesia de Nuestra Señora del Santo Cordon en Valenciennes (grabado)	id.
Sleswig-Holstein (grabado)	229	Revista de Paris	294	Antonino Ragadini	id.
Revista de Paris	230	Viajes	295	Problemas de ajedrez (grabado)	367
Dos puntos académicos	231	Sucesos de Dinamarca (grabados)	id.	Inauguracion de la estatua de Schiller (grabado)	368
Expedicion al interior de Méjico (grabados)	id.	Paris y Lóndres en 1793	298	El <i>Plongeur</i> , buque submarino (grabado)	id.
Paris y Lóndres en 1793	234	Cochinchina (grabados)	299	Número 596.	
Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas (grabados)	236	Aureliano	302	Funerales de Meyerbeer en Berlin (grabado)	369
El corredor de playa	238	Del origen de la firma y de su empleo en la edad media (grabado)	304	Dieu protège la France	370
Jorge Sand (grabado)	240	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Los concursos regionales en Francia (grabado)	371
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Número 592.			
Número 588.					
El general J. D. Gerlach (grabado)	241	Los embajadores japoneses (grabado)	305	B. de Wullerstoff y Arbair (grabado)	372
Los colegios	id.	La cruz del valle	306	Guerra de Dinamarca (grabado)	id.
Fuego y hielo	243	La toma de Duppel (grabado)	307	Revista de Paris	id.
Empleos de los perros en los ejércitos	id.	Sucesos de Polonia (grabado)	310	Poesía á la palma de Santa Ines	374
Sucesos de Dinamarca (grabado)	244	Una isla volcánica (grabado)	id.	La simpatía del dolor	id.
Regimiento federal negro atacado por los perros del ejército confederado (grabado)	245	Monumento fúnebre de la señora de Lamartine (grabado)	id.	La fiesta de las flores	375
Revista de Paris	246	Revista de Paris	id.	Las colonias francesas (grabados)	id.
A Pepa	247	Baux, ciudad ruinosa en la Provenza (grabados)	311	Aureliano	378
Expedicion al interior de Méjico (grabados)	id.	Aureliano	314	Fiestas en Roma (grabados)	379
Rompimiento de los diques del depósito de Bradfield (grabado)	id.	El mundo acuático	315	Exposicion de 1864 (grabados)	382
Las fiestas del Laid-es-Ghir (grabados)	250	Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas (grabados)	316	En un libro de memorias de la señorita T. H.	id.
Paris y Lóndres en 1793	id.	Viajes	318	Antonino Ragadini	id.
Costumbres francesas (grabados)	251	Revista de la moda	319	Problemas de ajedrez (grabado)	384
El corredor de playa	254	El sueño de un gloton (grabado)	id.	Fiesta fracmasónica en Besanzon (grabado)	id.
Revista de la moda	255	Problemas de ajedrez (grabado)	320	Número 597.	
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Número 593.			
M. H. Flandrin (grabado)	256	Recepcion hecha en Brest á las tropas francesas de regreso de Méjico (grabado)	321	Muerte del mariscal Pelissier (grabado)	385
El mausoleo del compositor Halevy (grabado)	id.	Revista española	id.	Revista española	386
Número 589.					
La casa de Rossini en Passy (grabado)	258	Distribucion de premios en las escuelas del Abbasieh en el Cairo (grabado)	323	Concurso regional de Evreux (grabados)	389
Revista española	id.	El emperador y la emperatriz de Méjico en Roma (grabados)	325	Exposicion de 1864 (grabados)	390
Sucesos de Dinamarca (grabados)	260	Revista de Paris	id.	Revista de Paris	id.
Fiesta de beneficencia en Vernon (grabado)	id.	Necrología	326	No como en casa	id.
Cochinchina (grabados)	id.	Camino de la aldea	327	Las colonias francesas (grabados)	391
Revista de Paris	262	Salon de la conferencia de Lóndres en el Foreign-Office (grabado)	329	El homicida	394
A un jilguero	263	La cruz del valle	330	Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas (grabados)	396
A una flor	id.	Exposicion de 1864 (grabados)	331	Aureliano	398
Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas (grabados)	264	La gran festividad del <i>Corpus Christi</i> (grabado)	334	Revista de la moda	399
Paris y Lóndres en 1793	266	Aureliano	id.	Problemas de ajedrez (grabado)	id.
La fabricacion del agua de Seltz (grabados)	267	La Madonna del <i>Passeggio</i> (grabado)	336	Regreso á Nápoles del navío el <i>Re Galantuomo</i> (grabado)	400
El general polaco Bossak (grabado)	269	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Buque antiguo descubierto en Marsella (grabado)	id.
El emperador pasando revista á los regimientos de caballería (grabado)	id.	Número 594.			
El corredor de playa	id.	Meyerbeer (grabado)	337	Número 598.	
Problemas de ajedrez (grabado)	271	La cruz del valle	338	Palacio de Mustafá donde ha fallecido el mariscal Pelissier (grabado)	401
M. Ampere (grabado)	id.	Amor á la patria	339	La herencia de un soldado	id.
El vicealmirante Penaud (grabado)	id.	Honras fúnebres hechas á Meyerbeer en la estacion del ferro-carril del Norte (grabado)	340	No hay niños	403
Ruinas del castillo de Tiffauges (grabado)	272	Los tres embajadores japoneses y el secretario de la embajada (grabado)	id.	Amor de madre	id.
Número 590.					
Correspondencia de Méjico (grabado)	273	Exposicion de 1864 (grabados)	342	Expedicion al interior de Méjico (grabados)	id.
Número 591.					
Número 592.					
Número 593.					
Número 594.					
Número 595.					
Número 596.					
Número 597.					
Número 598.					